



PROPIETARIO-FUNDADOR:
D. JOSÉ LUIS ALBAREDA.

OFICINAS:
Calle de Belén, núm. 18, principal.

DIRECTOR-GERENTE:
D. JULIÁN SETTIER.

SUMARIO.

El 1.º de Agosto, por Ebro.—Consideraciones sobre la fauna, por D. Carlos Ibáñez.—El secuestrador, por D. José Zahonero.—Memoria del concurso de esquiladores, por D. Miguel López Martínez.—La cazuela de madera, por D. Antonio de Valbuena.—Necesidades é instintos animales que coadyuvan á los fines del agricultor, por el Dr. Ruiz Rojo.—Madrid, por K.—Caza mayor, por D. Felipe Mathé.—Tratamiento de los caballos de carreras, por Honoré de Lainé.—Nueva sembradora de mano.—Diana cazadora, por E.—Carreras de caballos en Zaragoza.—Anuncios.
Grabados: En la era.—El abrevadero.

EL 1.º DE AGOSTO.

Ya la cortante hoz del atezado segador derribó por el suelo la espesa y dorada mies. Ya el bosque misterioso, á cuya sombra tuvieron sus amores las viajeras codornices, yace en apretadas gavillas esperando el momento de ser conducido á las altas y ventiladas eras.

Ya no ampara ni la ley ni la espesura de los trigos al ave codiciada cuyo perfume tan grato es á la nariz de nuestros pachones.

Planes siniestros, conjuraciones más ó menos sombrías, apresto de armas, eran ayer indicios infalibles de que la guerra á los volátiles estaba muy cercana.

Hoy ya no cabe duda: á estas horas millares de víctimas esperan en un lugar ventilado y fresco, que la mano del cocinero las convierta en succulento manjar; y la delicada dama y el corpulento canónigo, y el almibarado poeta y el áspero hombre de armas, engullen con igual delicia docenas y más docenas de codornices, como deseosos de adquirir bríos, ideas, unión y buena voz para desempeñar dignamente los muchos y difíciles deberes que á cada cual pueden estar encomendados.

Llegó el momento de la actividad y del trabajo, y mientras descansan otros muchos de la improba tarea de no haber hecho nada durante mucho tiempo, salen las falanjes de cazadores sin temor al sol ni á la aspereza del terreno, la esperanza en el rostro, el zurrón

bien provisto, en demanda de las vegas más afamadas y abundantes.

A todos, altos y bajos, nobles señores ó modestos burgueses, deseamos sinceramente un copioso botín: por nuestra parte, aunque en aquella edad en que abunda más la experiencia que las piernas, que es como decir, con más maña que fuerzas, confiamos en dejar satisfecha la voracidad de nuestra escopeta: tiene el tren muy buenas piernas para que no las pongamos á nuestro servicio.

El antiguo grito de los Almogávares vuelve á sonar de nuevo: pero este ¡despierta hierro! es

pronunciado ahora por los impacientes émulo de Nemrod.

Ya no es el hierro, más ó menos templado, que en el extremo de un asta robusta y en las manos de un hombre del siglo xv bastaba á detener un jabalí: es el hierro convertido en maravillosa máquina, y que mediante el diabólico invento de la pólvora escupe la muerte con aterradora regularidad: y ¡cosa extraña! el inventor de este mixto hizo más por la igualdad de los hombres que los más austeros filósofos y los profetas más enardecidos en el santo amor de la humanidad.

Las preocupaciones que rodean y combaten todo nuevo progreso fueron vencidas hace ya mucho tiempo en materia de armas de caza: ya nadie escribe, como un célebre autor italiano de los pasados tiempos, que es indecoroso combatir al jabalí con otras armas que el chuzo ó el puñal; y aunque Rabelais afirma que los arcabuces sólo sirven para hacer ruido con más daño del que los lleva que del enemigo, tal maña se han dado los inventores é industriales en perfeccionarlos, que hoy andan en manos de todos armas segurísimas y al alcance de las fortunas más modestas.

Los que hicieron sus primeras campañas con la sencilla escopeta de pistón, todavía atestiguan su agradecimiento á un arma tan económica haciéndola servir contra las delicadas codornices.

Los que en sus buenos tiempos llegaron á manejar con destreza un Le-faucheux, calibre 16, juran y perjuran que tal sistema basta para abrir profundas brechas en los más espesos escuadrones de la gente alada, y aun para despejar de colines el más poblado soto.

Los que no quieren ser menos que nadie, cargan heroicamente con un fuego central, calibre 12, y disparan tan poderosa artillería lo mismo sobre el incauto pollo de la codorniz que sobre el ave Fénix que se aventure á menos de cien pasos de sus mortíferas y poderosas herramientas.



EN LA ERA.

El elegante tendría muy á menos tirotear á sus víctimas con un arma vulgar. El *Hammerless* ó escopeta sin martillos, de extractor automático, parece ideado expresamente para su aristocrática afición.

Y en verdad que el progreso es evidente: antes un cazador pasaba la mitad de su vida en aprender á cargar como es debido, según la caza que pretendía practicar: hoy se avisa por teléfono con una hora de anticipación que se necesitan 100 cartuchos de codornices para un calibre 12 de seis libras de peso, y una vez en el campo le basta apuntar medianamente para envolver en una nube de plomos á la pieza que se aventura á volar por sus cercanías; la mitad de la tarea se la dan hecha: un poco de sangre fría y otro poco de *apuntaderas*. Y lo más maravilloso es que todo esto principia ya á venderse en la coronada villa.

A cazar, pues; pero antes de terminar he de hacer al benévolo lector dos recomendaciones: una es que se abstenga cuidadosamente, durante estos primeros quince días, en apuntar muy atrás á la liebre que por casualidad puede saltarle en un rastrojo; la otra, que todo es en el campo motivo de diversión y alegría menos el alojar los plomos de su escopeta en el sagrado de la individualidad de sus conciudadanos.

EBRO.

CONSIDERACIONES SOBRE LA FAUNA.

Menos adherida al suelo la fauna que la flora, su importancia en el estudio de un territorio queda relegada á un segundo término al lado de la significación que á la descripción de aquél prestan los vegetales que en él viven y el modo como se encuentran repartidos sobre su superficie. En iguales ó quizá en más desventajosas circunstancias hállese la fauna con respecto á la climatología, á las condiciones geológicas y mineralógicas del suelo, á la importancia y dirección de sus macizos montañosos, á la entidad y número de las corrientes de agua, íntimamente enlazadas con los agentes anteriores, y á la situación del territorio dentro del continente á que pertenece y con respecto á los mares más próximos.

Cada uno de dichos factores del territorio lleva, considerablemente, más cantidad de materiales, y acaso de más mérito para el mejor conocimiento de aquél, que los que puede suministrar el de su fauna; más no por ello se desconoce que la posesión de ésta es interesante y en extremo útil cuando se desea hacer la descripción completa de un país, en cuanto á sus condiciones naturales, especialmente la de la zoología agrícola, por lo que influye en la naturaleza y extensión de los cultivos, y por tanto, en el aspecto de las distintas comarcas y en las costumbres de sus habitantes.

La facilidad que posee una gran parte del reino animal, particularmente los mamíferos y las aves, en trasladarse de una á otra comarca, de uno á otro país, y de un continente á otro, en busca de los medios más adecuados para su existencia, unida á la cualidad de la mayoría de las reses de dicho reino, de acomodarse á muy diversos climas, son causas de que cada especie, cada género y cada clase tenga una extensa área de dispersión en consonancia, no sólo con las exigencias de los distintos organismos, sino también con sus disposiciones locomotrices. Así sucede que la casi totalidad de los representantes de las citadas clases, sin duda alguna las más importantes del reino animal para el objeto de este trabajo, no circunscriben su área á un país exclusivamente, sino que se dispersan por gran parte de un continente, ó por todo él, y se pasan con frecuencia al inmediato, si la existencia de barreras naturales superiores á sus medios no se lo impiden. Para apreciar el verdadero valor de la fauna de un país y comprender la importancia de sus caracteres diferenciales con respecto á las de los países inmediatos, habría que tener presente, á más de las causas que en la riqueza y reparto de los vegetales influyen calor, humedad, luz, ríos, sistemas de montañas, etcétera, que son comunes á ambos, las circunstancias expresadas, peculiares del reino animal; y por cuya virtud, las aves especialmente se trasladan, en breve espacio de tiempo, de una á otra región del globo, pasando, de las heladas comarcas del Norte de Europa, al clima apacible de nuestra Andalucía, y aun á las cálidas zonas del África, excusando los rigurosos inviernos de las regiones polares; ó, por el contrario, van en el verano, de los ardientes países tropicales, á buscar los plácidos estíos del Norte de España ó del centro de Europa; como lo verifican en el primer caso

las grullas y muchas palmípedas, y las codornices y cigüeñas en el segundo. Estos cambios de habitación los ejecutan también, aunque no con tanta facilidad ni en tan corto tiempo, otros muchos animales, siendo de ello ejemplo, prescindiendo de la fauna marina, entre los insectos, las plagas de langosta que tanto daño causan á la agricultura; y entre los mamíferos más apegados al sitio en que nacieron que las especies de diferente clase, se observan en los monos que pueblan los montes del Nuevo Mundo y en los rebaños de innumerables rumiantes que emigran á grandes distancias en las cercanías del Cabo de Buena Esperanza y en la América del Norte.

Pero aun más notables que las de estos mamíferos son las emigraciones de los *Lemmings de Noruega* (*Myodes Lemmings*, Pall.), roedores análogos á nuestros *rata-topos*, que viven en los alrededores del mar Glacial y bajan á veces de las montañas en tropel innumerable y avanzan en línea recta sin desviarse por los mayores obstáculos; atraviesan á nado los ríos que encuentran á su paso y rodean las habitaciones y rocas á que no pueden trepar; y á pesar de los muchos individuos que perecen en el viaje, tal número comprenden estas legiones, que los sobrevivientes son un azote para Noruega y Laponia, si bien tan molestos huéspedes no suelen visitar una misma localidad sino cada diez años; y no menos interesantes que las emigraciones de los *Myodes* son los viajes de otro pequeño roedor, el *Arvicola aconomus*, Pall.

Otros muchos ejemplos pudieran citarse de emigraciones periódicas que diversas especies verifican; pero bastan los expuestos para hacer resaltar la dificultad de puntualizar el área y habitación de muchas de aquéllas, dificultad que aumenta considerablemente con la reducción en superficie del territorio que se estudia.

Las dificultades propias del estudio geográfico de los animales, agrégase para nuestro país el no ser aún conocidos muchos de los que constituyen su rica y variada fauna, y el no haberse estudiado con el debido detalle las habitaciones y estaciones de gran número de los ya descritos, no pudiendo por esto darse todavía una acertada descripción geográfico-zoológica de España y señalar las analogías y diferencias que su fauna tiene con las de los países circunvecinos, á pesar de los valiosos trabajos de Ríos, Naceyro, Vidal, Graells, Seoane, Hidalgo, Machado, Pérez Arcas, Ginza, Martínez Sáez, Bolívar, Basca, Zapater, Barceló, Cardona, Vayieda, Irby, Rosenhaver, Von Homeyer y otros distinguidos naturalistas, tanto nacionales como extranjeros, que han dedicado sus afanes al conocimiento del reino animal en la Península ibérica.

Hay, pues, que limitarse por el presente á indicar que nuestra fauna es rica y variada como lo es la flora y que uno de sus caracteres más salientes de la grande analogía que tiene con la del Norte de África, perteneciendo ambos países á la región llamada Fauna mediterránea, que de muy diverso modo se suele dividir, admitiéndose generalmente para nuestra patria, en armonía con lo establecido para la vegetación, cinco zonas: septentrional, central, occidental, oriental y meridional. Recientemente D. Ventura de los Reyes, en su interesante *Catálogo de las aves de España, Portugal é Islas Baleares*, admite, pero sólo como provisional, una división geográfico-mitológica de la Península, y también en igual sentido para toda la geografía zoológica española, división que á continuación se expresa:

- 1.^a Zona litoral oriental: comprende la faja de terreno del reino de Valencia á lo largo de la costa.
- 2.^a Zona Sudeste; formada por el reino de Murcia.
- 3.^a Zona Sur ó Andalucía.
- 4.^a Zona central.
- 5.^a Zona Noroeste ó lusitano-gallega.
- 6.^a Zona Nordeste ó pirenaica, y
- 7.^a Zona balear.

CARLOS IBÁÑEZ.

EL SECUESTADOR.

I.

Eran dos viejos; él tenía una fisonomía plácida y unos ojos muy expresivos, luciendo con brillo de chispas bajo los blancos cabellos de una venerable cabeza, bajo la nieve ó la ceniza de los años.

Ella, la viejecita, era más gruesa, menos animada, pero, á la verdad, no menos simpática; vestía un traje oscuro, y se apoyaba en el brazo de su compañero y en un bastón de caña de Indias con puño horizontal de plata.

Esta era la pareja que hallaba en el pinar de Miraflores los días que iba de caza por aquellos hermosos montes; al encontrarme á estos venerables abuelos, llevaba la mano al ala del sombrero

y los saludaba respetuosamente; ellos correspondían siempre con graves inclinaciones de cabeza.

Los bosques y los montes guardan los misterios religiosos de las primeras edades; jamás se perderá la más ó menos difusa memoria de las ninfas y de las druidisas, de los gnomos y de los ogros; son por las cavernas y las marañas selváticas los puntos profundos é insondables de la tierra, y á la verdad, me atrevo á declarar que la mala fortuna de muchos cazadores se debe la mayor parte de las veces á esas influencias mágicas de la fantasía; el cazador tiene, como el pescador, su esperanza soñadora; es un errático distraído, un verdadero sonámbulo, que tal vez pierde la pieza por pensar en la musa Eco, en Marcio que, arrobado, la escucha; y el precipitado paso de los impetuosos jabalíes, desgarrando el bosque y pisando las secas hojas, le recuerda á los triscadores sátiros, en frenético libertinaje por los campos.

Hay en el ambiente resinoso, en los espacios de azul brillante, en los laberínticos senderos, por los cuales se camina inconscientemente, algo que contribuye á prestar idealización y colorido fantástico á los menores objetos; aquellos viejecitos me enamoraban; veíalos siempre amistosa, mejor dicho, amorosamente reunidos; casi se me figuraba que habrían de contar, sobre poco más ó menos, la edad de los añosos robles.

Yo, puedo asegurarlo, al salir de la ciudad seguía hasta el monte el camino de la casa del pinar de Miraflores, tan sólo por encontrar á la venerable pareja: eran, sin duda, dos forasteros, dos huéspedes que se alojarían en casa del guarda temporalmente, pudiera ser que para pasar en el monte la convalecencia de alguna enfermedad ó para mitigar con la vida del campo los achaques propios de la vejez.

No quería hablarlos; tal vez si llegaba á trabar conocimiento con ellos perdiese la ilusión que me producía verlos tan dulcemente unidos, riendo como niños, hablando gravemente y paseando ante la casa con ese paso reposado y torpe por el cual se mueven ante nosotros los ancianos, revestidos de cierta solemne majestad.

Un día adiviné algo que jamás hubiera podido sospechar.... Los viejos me tenían miedo. Sorprendí miradas recelosas; respondían á mi saludo más por temor que por simpatía.... Y en verdad que había motivo para que yo los asustara; no era en verdad mi aspecto muy tranquilizador y simpático; lejos de ser yo de esos cazadores que se atavian ante el figurín, y hacen, para perseguir á los conejos y las perdices, una ajustación escrupulosa de su persona con las leyes de la moda.

Allá se las hayan los *dandys* selváticos.... pero, á la verdad, entre su elegancia y mi desidia hay un decoroso término medio.

Figuraos que llevaba la barba de un bandido; aquélla daría á mi rostro atezado un aspecto hosco y temible; un viejo y desgarrado chaquetón, un sombrero ancho y espantable, un cinto con enorme cuchillo de monte, una carabina de contrabandista, un mal zurrón y unas alpargatas.... ¡Virgen santa! este era mi pelaje, con el cual tal vez pretendiera aparecer agradable á la vista de las gentes. Y en verdad que, si iba desgarrado, no iba sucio; la mancha, por imperceptible que aparezca, me repugna. Comprendí, pues, que me mirasen los viejecitos con cierto receloso temor.

¡Ah, pobres viejos! no conocían mi nombre; más tarde habría de sonar en sus oídos de un modo aterrador; no en balde el presentimiento pronunciaba en sus almas el preventivo sobrecogimiento. Cosas de la suerte ó del destino, término de la aventura, enigma que parece perseguir el cazador en su desvariado caminar.... tras de la buena presa. ¿Quién podrá decir que al cabo de la jornada no halle aquello que menos podía esperarse?.... Los

silenciosos bosques, con sus enmarañamientos, sus escondrijos de jaras y zarzales, sus nidos de amor, sus escondidas fuentes, sus revueltos senderos, sus altas bóvedas bajo las nubes, sus simas profundas, son el hogar de los encantos.... Siempre al término de cada aglomeración de su fondo esperarás un hallazgo, ó podéis temer la aparición de un monstruo....

Yo hallé en el bosque del pinar de Miraflores una mujer; los viejos creían haber hallado en mí un temible bandido; y en efecto lo fui.

II.

Arma al brazo, ojos audaces, movimientos de energía, abriéndose paso por el bosque y caminando resueltamente, llegó una mañana al punto en que yo me encontraba sentado gozando de la frescura y bajo la agradable sombra del bosque.... la señorita Estefanía Micalao.

—Dígame usted, buen hombre.... —preguntó resueltamente y encarándose conmigo la linda muchacha;—¿puede usted decirme por dónde volvería yo más pronto á la casa de Miraflores? Hoy me he alejado bastante.

Hacia allá iba yo, y me ofrecí á acompañarla; ella dudó un momento, sonriéndose y quedando pensativa, con sus grandes y hermosos ojos negros fijos en el suelo; luego me dijo que aceptaba, pero con la condición de que habría de dejarla sola cuando y en el punto en que ella me lo advirtiese, y así lo hice, y fuimos juntos, silenciosos, uno tras otro, hasta acercarnos á la salida del bosque; allí se despidió de mí, tomando á toda priesa el camino de la guardería.

La muchacha era, ó por lo menos á mí me lo pareció, muy linda; su cuerpo era gracioso y esbelto, su cabeza llena de gracia; creo que no hube de fijarme por entonces en su cara, de la cual no me quedó sino la impresión que producen siempre los ojos negros grandes, velados por grandes pestañas.... Una impresión de admiración como la causada por los focos de luz pura y brillante, un ardor febril como el producido por los ardientes rayos del sol.

Claro es que volví al bosque; que durante algunos días no llevé otro propósito que el de aventurarme por ver si lograba la fortuna de encontrar á la bella cazadora, y en fin, que un sentimiento de delicadeza (suele darse ésta en los bandidos) me hizo comprender que toda vez que la graciosa niña me había prohibido acompañarla hasta la guardería, resultaba una imprudencia el acercarse á la casa á curiosar ó indagar nada de cuanto hubiera podido referirse á la preciosa desconocida.

Algunos días pasaron sin que tornase á verla, hasta que al fin la hallé junto á la fuente de la bóveda; estaba sentada, con su escopeta-juguete al brazo y un hermoso perro de caza tendido á sus pies. Entonces fué cuando vi detenidamente el rostro de la muchacha; su corte correctísimo, todos sus encantos, que hoy, por sensata razón, no puedo enumerar. Me habló con llaneza y rudeza, alzando mucho la voz, lo cual es modo de alejar á una persona, toda vez que hablar en voz muy baja revela que están muy juntos los que hablan y muy unidos por estrecha confianza. Esta costumbre de hablar á voces suele ser muy común en los campesinos, y, ó resulta del hábito de hablar á grandes distancias cuando se ven muy separados unos de otros en medio del campo y la montaña, ó bien es consecuencia de su innata desconfianza.

Ahora bien; conforme fueron enlazándose las palabras de nuestra plática, fué la voz de la señorita Estefanía regulándose á una media entonación; comprendió bien pronto que no trataba con un labriego, sino con un hombre de la corte, lo cual la sorprendió.

Amigo Fernando, y de esta sorpresa nació nuestra amistad. Desde aquel día nos citábamos para cazar juntos, charlábamos sentados en una glorieta, al pie de una fuente, en lo alto de algún abrupto pedregal.... y burla burlando.... yo me enamoré, y ella correspondió á mi pasión. La confianza era resultado de la vida campestre que hacíamos uno y otro; íbamos juntos, nos hallábamos solos y en el bosque, éramos más inocentes que en un lujoso salón....

—¡Ah!....—me replicó un día.—Habla usted de pedir á mis tíos la mano, inútil empeño; me aman más que á una hija; mil veces que intentara casarme, otras tantas se opondrían.... No hay más que un medio: el secuestro.

He aquí, Fernando, por qué acudí al juzgado; he aquí por qué fué depositada en casa de la señora de Arguiso Estefanía; he aquí el término de mis correrías campestres.... Ni Estefanía perdió su tiempo en sus excursiones, puesto que cazó, bueno ó malo, al fin y al cabo un marido, y yo hallé lo que para mí es tan bello ideal como la hada, la ninfa ó la druidisa....

Una linda y joven esposa.

Ahora bien; lo habrás adivinado. Los viejecitos de la guardería eran los tíos de mi novia; el corazón les inspiró un profundo miedo por mí.

El día en que me presenté á ellos, con la barba recortada y ataviado con decencia,

—¡Calla, Miguel!—exclamó la anciana muy sorprendida.—A este caballero le conozco.

—Ya lo creo....—replicó con dejo de resentimiento el viejecito.—Es el sujeto que tanto miedo nos daba; al que tomábamos por un secuestrador.

—Y en efecto lo es—dijo la anciana.

Pero me ha llegado el indulto; los viejecitos me adoran.

JOSÉ ZAHONERO.

MEMORIA DEL CONCURSO DE ESQUILADORES CELEBRADO EN EL INSTITUTO AGRÍCOLA DE ALFONSO XII EL DÍA 12 DE MAYO DE 1888.

Continuación.

IV.

Instrumentos de esquila y modo de usarlos.

Habiendo adquirido esta importancia el esquila, no parecerá cosa rara que los mecánicos y fabricantes hayan procurado vulgarizarlo mejorando los instrumentos con que antes se practicaba, según va dicho. Y habiendo sido el único objeto de los promovedores del concurso probar y juzgar los diferentes sistemas modernamente inventados, parécenos de necesidad al efecto dar idea de los de más importancia.

TIJERAS ESPAÑOLAS.—Este es el sistema primitivo usado por todos los pueblos. Nosotros no hemos visto otro anterior en los museos arqueológicos que hemos visitado.

Constituyen una palanca de primer género: la potencia está á un extremo (los ojos), la resistencia á otro extremo (las cuchillas), el punto de apoyo en medio (el clavo ó tornillo que las une).

Hay dos clases de tijeras de esquila: las propias para el ganado lanar son parecidas á las que se emplean en los usos comerciales y domésticos; las aplicadas para los solipeds tienen desiguales las cuchillas. Una inferior, que al ejecutar la operación se apoya en la piel y es recta; otra, la superior, que es la que se mueve y acerca el pelo al corte, y es algo convexa.

(Véase la forma de las tijeras de esquila el ganado lanar en la figura 1.^a)

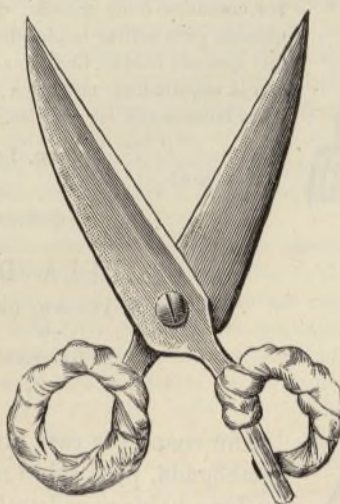


Fig. 1.ª—Tijeras españolas.

No todas las tijeras de este sistema son iguales. Se diferencian en el tamaño y aun en el grado de convexidad de la cuchilla superior. Las de Mora y Solana son más grandes que las de Pinilla, del Burgo de Osma y Fuente Pelayo. En cuanto á convexidad, hemos observado que las usadas por los gitanos an-laluces no es tan pronunciada como las preferidas por los operarios de Castilla. Aquellas son también más puntiagudas.

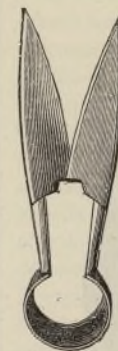


Fig. 2.ª—Tijeras de muelle.

TIJERAS DE MUELLE.—Este sistema es el segundo, considerado históricamente. A poco de su invención fué adoptado en las naciones cultas de Europa, fuera de España: en Alemania, en Bélgica, en Inglaterra, en Francia. Constituye una palanca de tercer género. El punto de apoyo está á un extremo (el muelle), la potencia en la parte redonda de las cuchillas, la resistencia en la punta de éstas. (Véase la fig. 2.^a)

ESQUILADORA ELIZOIDAL.—Otros la llaman máquina de esquila ó esquiladora mecánica. Se aplica á los solipeds, y fué inventada hace sobre veinte años por MM. Navat, residentes en Levallois-Perret (Seine).

El aparato principal de la esquiladora elizoidal, representado en la figura siguiente, se funda en el sistema empleado en las fábricas para cortar el pelo de los paños. (Figura 3.^a)

La esquiladora elizoidal con motor mecánico consta de tres partes: el aparato que ejecuta la operación, la rueda en que actúa la fuerza, la cadena que transmite el movimiento. Véase cómo funciona. (Fig. 4.^a)

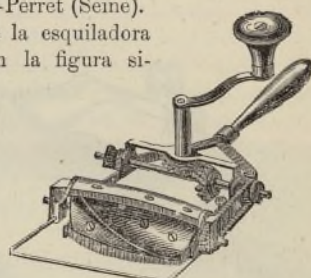


Fig. 3.ª—Esquiladora elizoidal de Caron.



Fig. 4.ª—El aparato en ejercicio.

Esta invención ha sido fecunda en resultados; probándose con ella que puede verificarse el esquila con motor distinto que el operador, se sustituyó después la rueda con una máquina de vapor, y últimamente ésta con toda clase de motores.

ESQUILADORA DE BRAZOS.—El americano mister Adie, primero; el inglés Mr. Brown, después, y últimamente el francés Mr. Bariquand, han construido para el esquila de caballos y reses lanaras un aparato sumamente sencillo y fácilmente manejable. Este último es el que ha funcionado en el concurso.

Véase su figura. (Figura 5.^a)

No hay más que fijar los ojos en el grabado para comprender su mecanismo. Se compone de una placa dentada, parecida á un peine; de otra placa con dientes cortantes, y de dos mangos que corresponden á cada una de las placas. La mano izquierda, aplicada al mango que corresponde á la placa de abajo dirige el instrumento; la

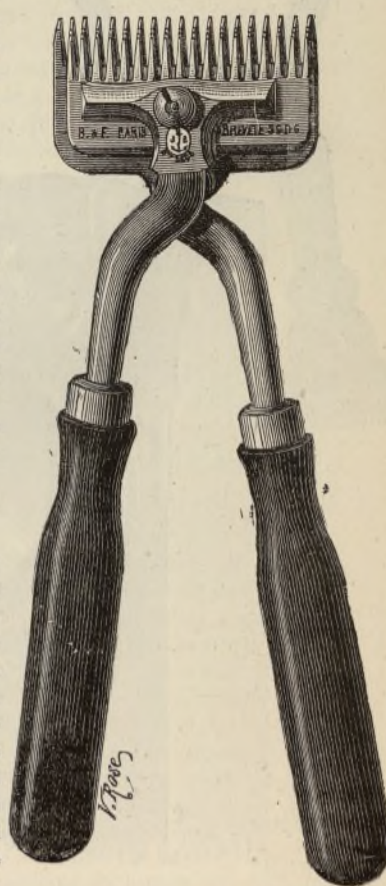


Fig. 5.ª—Esquiladora de brazos.

mano derecha, aplicada al mango correspondiente á la placa de arriba, imprime á ésta un movimiento de vaiven para cortar la lana ó el pelo. Véase á continuación cómo se trabaja con la esquiladora. (Fig. 6.^a)



Fig. 6.^a—Esquileo con la esquiladora de brazos.

Ha servido de base este sistema á M. Bariquand para su último invento, cuya importancia consiste en que pueda verificarse el esquileo con toda clase de motores.

La Asociación general de Ganaderos lo pidió al fabricante en cuanto tuvo noticia de él, pero desgraciadamente no pudo llegar á tiempo del Concurso. M. Bariquand nos ha remitido un dibujo, que lo representa y es la fig. 7.^a

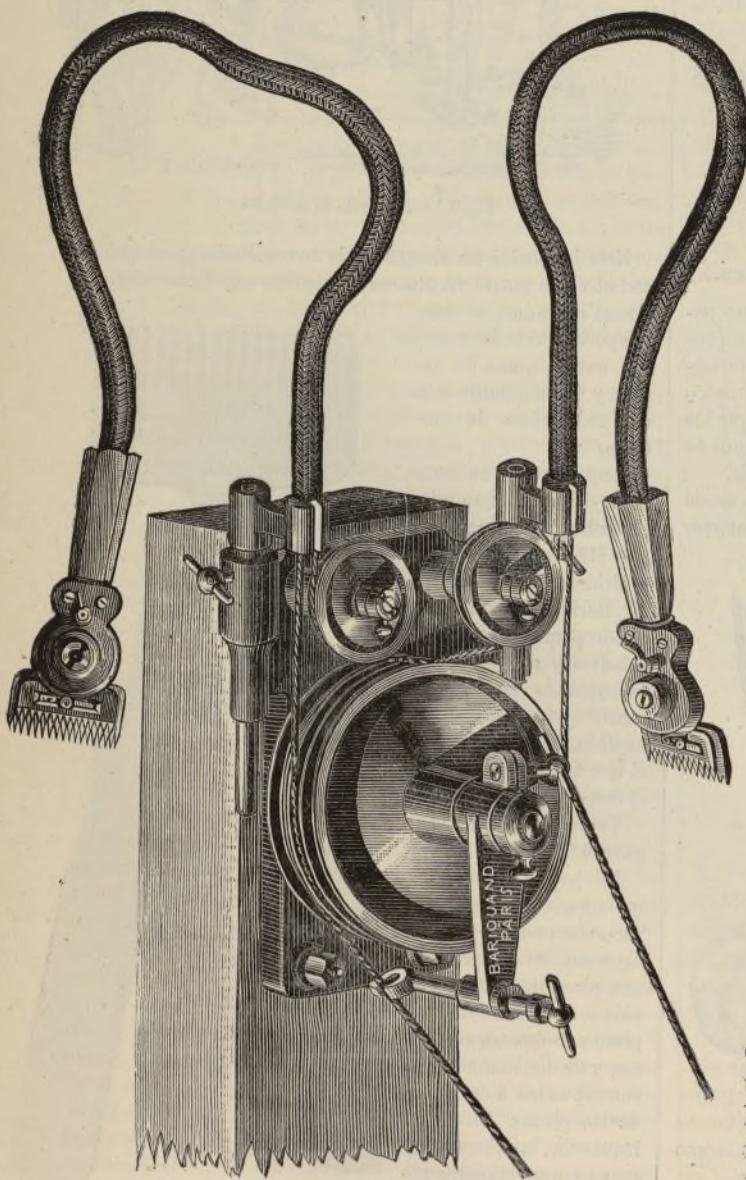


Fig. 7.^a—Máquina Bariquand para esquila con toda clase de motores.

Lo singular de este invento es poderse aplicar la fuerza á varias esquiladoras. Dos van representadas en la figura.

OTROS APARATOS.—Juzgamos excusado hablar de otros aparatos de que hacen grandes elogios sus constructores, tales como el de Mr. Caron, el de Mr. Guillaume y otros (figu-

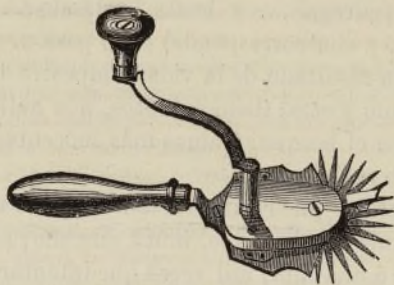


Fig. 8.^a—Otro aparato.

ras 8.^a y 9.^a), tanto porque no representan modificaciones esenciales, cuanto porque no han sido presentadas á concurso. Las mencionamos, sin embargo, por una razón poderosa; para que se vea que en tanto que los ganaderos españoles, como indiferentes en su desgracia á toda reforma, continúan apegados al secular sistema, cual si no hubiere un más allá en el adelanto, en otras naciones, impulsados por el vivo deseo de mejora, y persuadidos de que sólo con ella se puede vencer en la presente lucha de la concurrencia, se aplican sin cesar á modificar, introduciendo alguna variación conveniente, el sistema de esquileo á que nosotros, por rutina tradicional, rendimos fervoroso culto.

LOS REFORMADORES DESECHAN LA TIJERA ESPAÑOLA.—Nos hemos propuesto también con este detallado examen, patentizar que en todos los inventos modernos queda desechada la tijera común española.

Hay para esto un motivo científico, y es que la velocidad de la operación con este sistema depende exclusivamente de la flexión de los dedos, y la perfección, del cuidado del operador; y los mecánicos piensan fundamentalmente que la una y la otra deben consistir en gran manera en las condiciones del instrumento, quedando al operario, como atribución privativa, la dirección del aparato, que es lo que sucede con toda la maquinaria de estos últimos tiempos que sirve para las diferentes operaciones agrícolas.

DIFERENCIA DE ESTOS APARATOS.—En cuatro clases se pueden dividir todos los instrumentos de esquila, según la manera de manejarlos el operador, ó más bien de ejercer con ellos la fuerza muscular. En el sistema español, el esquilador hace la fuerza con los dedos metidos en los ojos; en las tijeras de muelle, hace la fuerza con la mano derecha aplicada á la parte delgada de las cuchillas; en la esquiladora mecánica la hace con los brazos, teniendo cogidos los mangos con las dos manos; en los aparatos movidos á vapor ó por otro motor, el operador sólo interviene dirigiendo el instrumento. Cuando se esquila con tijeras comunes ó de muelle, queda libre la mano izquierda para estirar la piel del animal á fin de evitar que éste sea herido. Cuando se practica la operación con la esquiladora mecánica, se estira la piel de las reses lanaras con las rodillas.

MIGUEL LÓPEZ MARTÍNEZ.

(Continuad.)

LA CAZUELA DE MADERA

POR D. ANTONIO DE VALBUENA.

(Conclusión.)

II.

Aun cuando la casa andaba relativamente desahogada, pues sobre mucho dinero que el tío Juan había ganado mientras fué rabadán, la Condesa, con una generosidad digna de imitación, continuaba pagándole el sueldo por vía de jubilación ó retiro; aunque nada les faltaba á Vicente y á su mujer para vivir

con cierta comodidad, comer regularmente y traer á sus hijos mejor vestidos y calzados que todos los demás muchachos del pueblo, el mal genio, y si se quiere también la mala educación de Bernarda, que no necesitaban más que un blanco contra donde dar, se fueron desatando contra el pobre tío Juan de un modo alarmante.

Lo primero que observó Bernarda fué que su suegro no hacía nada ni servía para nada, y así se lo decía á su marido todos los días más de veinte veces.

Vicente siempre había querido mucho á su padre; más por aquello del refrán que dice que «quien con lobos anda á aullar se enseña», á fuerza de oír á su mujer un día y otro que aquel hombre no servía para nada, se fué acostumbrando á la idea de que, en efecto, su padre no era ya en la casa más que un ripio.

Después determinó Bernarda quejarse á cada paso de que el viejo no salía de la cocina, de que siempre estaba allí como canto de olla, y á lo mejor estaría interiormente dando tachas mientras ella arreglaba los pucheros.

En mala hora se le ocurrió al pobre tío Juan una mañana, al ver que Bernarda iba á vaciar, sin haberla sazonado, una olla de patatas para que almorzaran dos muchachos que iban á ir con la vecera de los corderos; en mala hora se le ocurrió advertirla, tímida y cariñosamente, que le parecía que no había echado sal en aquella olla. Bernarda se puso hecha un basilisco y lo mejor que le dijo al tío Juan, en pago de su solicitud en advertirla, fué que si no estuviera allí no lo vería; que siempre se había de meter en la renta del excusado, que estaba mejor en el alto de Pandian, donde le diera el aire; que no servía más que para requeimarla á una la sangre, y otras cincuentas desvergüenzas por el estilo.

Con todas estas cosas el pobre Vicente que, sobre estar enamorado de su mujer, tenía muy poco de lo de Salomón, se iba dejando llevar de la corriente y se iba conjurando también contra su padre, al cual no le quedaba ya más cariño en la casa que el de los nietos.

Éstos sí le querían, con grave disgusto de Bernarda, que solía decir que parecía que los tenía encantados, y que aquellos hijos no podían menos de que fueran tontos, pues querían más á aquel viejo asqueroso y temblón que les llenaba de babas por besarles, que á su padre y á ella.

Tiempo andando dispuso Bernarda que su suegro no comiera con ellos á la mesa, sino solo, con el plato sobre las rodillas, en el sitio que ocupaba de ordinario en la cocina, que era el rincón de enfrente de la puerta, para donde solía ir el humo.

Poco después fregaba un día y laboteaba mucho Bernarda una cazuela de madera muy vieja, de las que hacen y van á vender por allí los de la Fornela á cuenta de centeno, la cual había servido mucho para hacer el queso, y después que se había hendido y se la había saltado un pedazo por un lado, había servido también para echar de comer al perro cuando era cachorro.

—¿Para qué labas tanto esa cazuela?—preguntó á su mujer Vicente.

—Para dar de comer á tu padre—dijo ella impasible.

—¡Mujer!—la replicó Vicente algo escandalizado—¿no tienes otra cosa donde darle de comer más que esa cazuela vieja y desmochicada, donde han comido el perro y los gatos?

—Otra cosa sí tengo, pero si le pongo otra cosa mejor me la rompe y me quedo sin ella. ¿No ves que todo lo deja caer? Anoche me rompió un plato asturiano, y antes me había roto ya una escudilla de Guardo bien hermosa, que medio real me había llevado por ella el tío Caracoles.

Vicente hizo con timidez alguna otra objeción,

pero al cabo se dejó convencer, y desde aquel día estuvo con toda tranquilidad viendo comer á su padre en aquella cazuela rota de madera en que habían comido el perro y los gatos.

La que á nadie non perdona, como dice el antiguo romance, había llegado á Retuerto, en casa del tío Juan Cardaño. El antiguo rabadán había muerto cristianamente, después de haber sufrido con maravillosa y santa resignación media docena de años de continuo padecimiento.

Los parientes y los amigos forasteros, que eran los vecinos más regulares y mejor acomodados de los pueblos de alrededor, habían acudido al entierro, que fué solemne, y habían comido después en la casa mortuoria llenando de elogios al difunto. Al marcharse daban el pésame á la familia con frases sinceramente expresivas, porque, en realidad, querían bien al pobre tío Juan y suponían que sus hijos tendrían por su pérdida verdadero y profundo sentimiento.

Bernarda aparentaba un dolor que no sentía; por dentro estaba rebosando de júbilo; se la había ido aquel estorbo, dejándola dueña absoluta de todo lo de la casa.

Vicente estaba de veras contristado. Como no se conoce el bien que se tiene hasta que no se pierde, comenzaba á echar de menos á su padre y á sentir algo de remordimiento por el poco aprecio que había hecho de él, y el poco cariño que le había tenido en los últimos años.

Al fin se fueron marchando todos los que habían asistido al entierro, y se quedaron solos en la cocina Vicente y su mujer y los dos menores de sus hijos, uno de seis años y otro de ocho.

Este último, inquieto como todos los niños de su edad, cogió la cazuela de madera en que comía su abuelo y empezó á cortarla con una navaja.

—No cortes esa cazuela, Perico—le dijo Manolín, su hermano menor.—¿No ves que la echas á perder?

—Y ¿para qué la quieres, tonto?—le replicó el mayor.—¿No ves que ya se murió abuelo, y ya no hace falta?

—Sí tal, déjala—repuso con una candidez angelical el menor de los niños—no la destroces, que es para que coma en ella padre cuando sea viejo.

Vicente se quedó como petrificado. Todos los desprecios, todas las faltas de respeto, de consideración y de cariño de que había sido objeto su padre por parte suya, acudieron en un instante á su mente, y se le figuró estar ya sufriendo otro tanto de parte de sus hijos. El remordimiento por lo pasado y el temor del porvenir, comenzaron á oprimirle de modo que no volvió á levantar cabeza. Un mal bobo, según el decir la gente, ó una hipocondría, según el médico, le hizo bajar á la sepultura medio año después, para escarmiento de los hijos que no honran á sus padres.

ANTONIO DE VALBUENA.

NECESIDADES É INSTINTOS ANIMALES

QUE COADYUVAN Á LOS FINES DEL AGRICULTOR.

No en balde se ha dicho que el agricultor vive en continua zozobra y que sus esperanzas están siempre en el aire. La afirmación vulgar podrá en algunos casos aparecer un tanto hiperbólica; pero no se puede dudar que en esa frase existe un fondo de verdad inmenso, que descubre todo aquel que abandonando los estrechos horizontes de nuestras grandes ciudades, sustituye la monótona impresión de su agitación y bullicio por la tranquilidad y el reposo de nuestros pueblos rurales, que á no tener otros encantos, bastarían el que la Naturaleza les presta, rodeándolos de todas sus manifestaciones é infundiéndoles en sus moradores ese sentimiento de veneración hacia todo lo grande, que ella mejor que nadie sabe crear, para que sean siempre atractivo poderoso del

hombre pensador, é ideal querido con que sueña todo aquel otro que, cansado de moverse á impulsos de la fortuna, quiere horizontes más amplios y luz más brillante y ejemplares más puros que renueven su salud y afectos perdidos.

Por eso son tantos los que rendidos en esa continua lucha de deseos, pasiones y contrariedades en que consiste la vida de las grandes poblaciones, van á rehacer sus pérdidas fuerzas físicas y morales, en ese grupo de casitas brotadas al parecer de la verde colina que las sostiene, y lugar escogido por la Naturaleza para que en él se desarrolle ese concierto, el más hermoso de cuantos existen: el concierto del trabajo agrícola, donde á intervalos resaltan, fundiéndose como poderosas y brillantes notas, el canto del zagal que regresa á su morada, con el monótono rastrear de los arados sobre las rústicas calles del lugar; el crujir de las pesadas puertas, con el balar continuo de los ganados que se acercan; el gritar y correr de los muchachos por las calles con los ladridos del perro que les dice el regreso de su padre ó de su hermano en busca de descanso á las faenas del día.

Sólo decimos, sintiendo de cerca este cuadro impregnado de ese realismo que tanto se aprecia en nuestros días, es como se puede comprobar la verdad del dicho vulgar, con que comenzamos nuestro trabajo, porque tal cosa supone una observación constante de la vida que en esos centros rústicos se desarrolla; una interpretación exacta de los hechos que en los mismos se realizan y una compenetración hasta cierto punto entre la existencia de ese sujeto que observa y la del pobre aldeano objeto de observación, cuya vida se desliza en una misma línea, igual, sin accidentes, uniforme, sin más impresiones que las propias de su ambición limitadísima, y de una conciencia que yace tranquila y reposada al calor de un hogar donde nunca el descontento arrojó su funesta semilla, y de una familia unida en las mismas aspiraciones y movida por los mismos impulsos de sencillez y respeto que tanto abundan en esta clase de la sociedad, y que tantas veces ha servido de precioso motivo á la inspiración del poeta ó al ingenio del novelista, para desarrollar esas historias llenas de verdad y poesía, encargadas de hacer sentir tales bellezas á los que lejos de estos pequeños centros de la actividad humana, no han podido apreciarlas por sí mismos, agitados por una atmósfera social en un todo diferente á la que en esas historias se respira.

Sólo, repetimos, retirándose á las aldeas, cabe el darse perfecta cuenta de todos los desvelos, todos los sacrificios que el agricultor se impone en pro de su obra, y de todos los peligros que de continuo amenazan su tranquilidad, destruyendo en todo ó en parte esa obra, hija de una laboriosidad sin límites y de una paciencia increíble, para soportar un día y otro día los ataques de la adversidad.

Hay que verle, no bien el brillar de las estrellas se amortigua por la luz del nuevo día, abandonar el abrigado lecho en las crudas mañanas del invierno, y como al parecer, insensible al frío que hiela los huesos y á la nieve que embota y adormece sus plantas, sale en busca de sus ganados, que más perezosos que él, dormitan aún en su retirado aprisco, como si para despertar esperasen el momento de su llegada; como la fina lluvia hora tras hora empapa sus burdas ropas, mientras él con imperturbable calma va quitando una por una las plantas todas que robar pueden su alimento á la precitada mies á cuyo lado crecen, para volver más tarde, cuando la noche se acerca y la campana vecina invita al recogimiento y la oración, cubierto de lodo, hacia su modesta casa, en cuya ancha y espaciosa cocina chisporrotea el árbol que él mismo cortó, y que la previsión de su esposa y de sus hijos han hecho arder, para devolver á su cuerpo el calor perdido antes de que el pobre lecho le brinde con un reposo de ordinario tan breve, como largas han sido las horas de su trabajo; como bajo los abrasadores rayos del estío pasa un día y otro recogiendo sus granos ya maduros, que un aire asfixiante mece aún en la dorada espiga y que él riega con el sudor que de su frente cae, como si esto fuera un lenguaje simbólico por la Naturaleza creado, para recordar al hombre la unión indisoluble del trabajo con la satisfacción de sus necesidades; como, por último, no bien los frutos han venido á llenar sus cámaras y graneros, vuelve á continuar las mismas faenas, sin conceder un día de reposo á tanta actividad; ni un día de expansión á tantos sacrificios realizados en el transcurso de un año.

Todo esto si se necesita observar de cerca para apreciar en cuánto valen las penalidades que se impone nuestro modesto y paciente agricultor, y comprender cómo sus esperanzas pueden quedar en el aire, cuando se ve que tantos esfuerzos quizás en un momento queden sin resultado, completamente estériles, ante la lucha constante que los elementos naturales sostienen contra su obra, lucha tanto más imponente, cuanto que el hombre apenas si cuenta con algún medio de defensa, limitándose á ser mudo espectador que aguarda con calma la terminación de esa lucha, para perseverar en su empeño corrigiendo los defectos por su obra sufridos ó volviendo á comenzarla de nuevo, si como tantas veces sucede, la encuentra totalmente derruida.

La tierra, el aire, el sol, la lluvia, he aquí los veneros inagotables de su riqueza; los factores que por su concurso la forman; las misteriosas entidades cuyo poder se refleja,

en esa semilla que pugna por salir á la luz del día; en ese árbol esbelto y cargado de frutos; en esa flor en aroma y en colores rica, donde la mariposa tiñe sus alas y la abeja liba su miel; en esos rebaños de blancas gnedejas que junto al arroyo pastan, y que son á la vez fondo inagotable de riqueza y poesía; de utilidad material y de los idilios más bellos.

En todo esto encuentra el agricultor la base de su empresa; pero esos mismos elementos que dan frutos y color y aroma y vida, son los mismos que conspiran contra él sumiéndole en un mar de dudas y temores, y sirviendo á la par, de agentes de vida y fuerzas destructoras; de concepciones á cuya idea la esperanza va unida y de entidades que consigo llevan toda una inmensidad de recuerdos de esas esperanzas perdidas y de amargos desengaños. Y aquella brisa que ayer formara sobre sus verdes campos olas de verdura que imitaran las rizadas olas de la playa, se convierte hoy en huracán furioso que echa á tierra de la espiga débil al corpulento roble; y aquella lluvia bienhechora que ayer servía á la semilla para romper su obscura cárcel y á la flor para formar sus perlas, es hoy el imponente aguacero que abate cuanto creó, arrastrándolo todo en vertiginosa corriente hasta el desbordado río, que arroja en sus orillas montones de despojos que recuerdan todo el trabajo perdido y la desolación sembrada; y aquella nube blanquecina que ayer devolviera su verdor á la agostada planta y su esperanza cuasi perdida al labriego, es hoy abigarrado celaje que presagia la próxima tormenta, y que entre sus rachas de viento y su diluvio continuo y su mortífera piedra, va sembrando por doquiera la desgracia y la miseria.

Nada hay, pues, que dé seguridad á las esperanzas del labrador; en el aire y en la tierra está la base de su fortuna y en ellos está también el germen de su infortunio. De ambos espera el logro de su felicidad, y después de haber abrigado tal creencia por largos é interminables días, y cuando ya supone próximo el logro de su deseo, una hora, acaso menos, basta para derribar sus planes cimentados sobre esa esperanza por tanto tiempo acariciada.

Por eso si adora en el azul del cielo y en lo frondoso de sus campos, esa fuerza inmensa y creadora que todo lo transforma y lo da vida, lo contempla también con respetuoso temor, como si de ella todo lo esperara; el bien y el mal, su perdición ó su fortuna, buscando ansioso en ese cielo no bien sus ojos se abren al despertar de cada día, los signos de una calma y una tranquilidad que á su espíritu la presten, ó la fatídica señal que le previene el triste desenlace de su afán y sus trabajos.

Todo es, pues, para el agricultor fortuito é incierto. Sólo la casualidad determina de su porvenir en ese campo inmenso de manifestaciones, con que la Naturaleza le rodea y rodea su obra.

Pero por fortuna si en esas manifestaciones no le brinda un constante y poderoso apoyo, no le sucede lo mismo en aquellas otras que, correspondiendo al reino animal, se exteriorizan con una regularidad constante, resultando un equilibrio perfecto, no sólo en el funcionar individual, sino en las mismas creaciones individuales y en los efectos de ese funcionalismo y esas creaciones, tan magistralmente demostrado por dos de los sabios más grandes de nuestro siglo, Darwin y Haeckel, cuyos nombres brillarán siempre radiantes de respeto en los fastos de la ciencia. La lucha por la existencia; la selección natural; la extinción de los débiles y la supervivencia de los más fuertes; la unidad orgánica llevada hasta el seno del protoplasma; el perfeccionamiento por el ejercicio y la influencia del uso y desuso de las partes; he ahí otros tantos puntos de esas doctrinas que han hecho la revolución de la antigua ciencia, y que son como las componentes de ese sistema que se mantiene en equilibrio; de ese reino animal y vegetal que de continuo se transforma sin perder nunca un átomo de materia ni un grado de fuerza; de esa compensación material y funcional por la Naturaleza indudablemente creada con un fin superior, pero también como para ofrecer una probabilidad de éxito al agricultor, ya que tan pocas hemos visto le presta en la influencia de sus agentes.

Si esta compensación no existiera la vida de la agricultura sería en efecto muy difícil, si no imposible. Suprimase esa guerra de instintos y necesidades; déjese por ejemplo la numerosa clase de los insectos entregada á la satisfacción de las mismas; no supongáis una segunda clase de necesidades é instintos correspondientes á otros animales y que á las primeras se opongan, y no tardaréis en ver como los *acridium*, *locusta*, *grillus*, sin valla que los detenga y ayudados por su rápida y pasmosa reproducción, llevan, ora aislados, ora formando inmensas falanges, que ocultan á su paso el sol, la desolación y la ruina sobre los ha poco frondosos campos; veréis el *flavicolle* (hormiga blanca) destruir el corazón de las preciadas maderas cultivadas en el bosque; el género *aphis* (pulgones) marchitando las hojas y flores que embellecen nuestros jardines; el género *calandria* (gorgojos) anidando en el interior de los trigos; por todas partes en fin un conjunto de hechos, que no serán opuestos al fin general, al bien común de lo existente, pero

si al bien particular del agricultor, que necesita para su progreso la contención de esas necesidades é instintos, por otros de igual naturaleza, pero en contrario sentido dirigidos.

Suprimase esa lucha y veremos cuán pronto los reptiles anidando bajo la tupida hierba que ayer ofreciera blando lecho donde descansar podía el rendido caminante, le obligan á que sus pasos tuerza y de la misma se aparte, temeroso de encontrar su mortífero veneno ó su repugnante aspecto; ó como el *caracol* mancha con su verde baba la preciosa corola de esa flor que el capricho de una dama eligiera tal vez para hacer resaltar la hermosura de su seno ó lo rico del tocado, ó como la laboriosa sí, pero al fin perjudicial *hormiga*, invade los campos y se eleva hasta la más empinada copa de los árboles en busca del dorado fruto que hace caer carcomido y mustio, antes de que servir pueda de precioso adorno ó de manjar selecto en la mesa de su dueño.

Pero por fortuna tales hechos han sido previstos por la Naturaleza, y al lado de estos seres y de sus necesidades, contrarias á los intereses del agricultor, ha colocado otros que dotados de inclinaciones distintas, restablezcan ese equilibrio tan necesario para la vida en general como para los fines de aquél.

Por eso, y si ha criado un *gusano de tierra*, ha puesto á su lado como baluarte que limite su desarrollo y sus hechos un *cuervo* y una *perdiz*, que de un modo inconsciente velan su excesiva propagación. Si ha criado la *hormiga* en número tan grande, que formar puede esas inmensas ciudades subterráneas, ha puesto sobre la copa misma del árbol, á cuyo pie anida, al ligero ruiseñor que las destruye en medio de sus gorjeos y enamorados trinos. Si ha formado un *reptil* que se desliza con lento paso por la ruinosa tapia, ó aprovechando la obscuridad de la selva, ha puesto en el aire la respetada *cigüeña* que los ceta y los reduce á su verdadero número. Si ha creado el *gorgojo*, que destruye los con tantos afanes hacinados granos, ha formado también la *aguza-nieves*, esa avecilla ligera que por la orilla del río avanza rápida delante de nosotros, burlándose de nuestra inocencia. Si ha hecho, en fin, que el *caracol* se arrastre por el musgo de nuestros jardines, ha colocado también entre sus verdes árboles al cadencioso *mirlo*, que á la par con que sus cantos le embellece, le purga de esos seres que matar pueden el matiz de sus fragantes rosas. Por todas partes esta previsión, este equilibrio creador y funcional, esta armonía de la cual sólo pueden ser reflejo pálido, las armonías creadas por el hombre al calor de su imaginación y de su ingenio, que robustecen las sublimes concepciones del arte.

No nos atrevemos á suponer por esto en la Naturaleza una facultad consciente que presida todas estas determinaciones de la vida, arreglándolas á un fin determinado. Nos es difícil comprender cómo las cosas hayan sido creadas con un fin determinado, porque hay muchos seres ó partes de seres cuyos fines no se explican por su propia existencia ó propiedades. Creemos más bien su conformidad con lo que las ciencias naturales nos enseñan, que ese espíritu de previsión no existe como tal fuerza consciente, y que todo es efecto natural y lógico de las leyes inmutables físico-químico-vitales que rigen todos los fenómenos del Universo, á las cuales nada puede sustraerse, porque ellas no pueden dejar de realizarse; y por eso hemos dicho siempre, al observar esos maravillosos ejemplos de equilibrio que en la esfera de las necesidades é instintos animales, tanto coadyuvan á los fines del agricultor, que todos son hechos que convidan al reconocimiento de un espíritu al parecer previsor en la Naturaleza, que todo lo regula y lo somete á una idea superior de estabilidad y de orden.

De todos modos, y sea de esto lo que quiera, bien esos hechos se realicen por la Naturaleza á impulsos de una facultad consciente, bien sean efecto legítimo de unas leyes ciegas y fatales que nadie puede romper ni transformar en lo que á la generalidad de los hechos se refiere, es lo cierto que el hombre no puede menos de admirar en ellos la suprema entidad que los motiva, y reconocer que todas las determinaciones de su actividad no son sino una de tantas infinitas variaciones de ese fondo inagotable de riqueza, belleza y vida que todo lo explica y lo modela. Fondo de riqueza y de vida decimos, porque esos hechos que en algunos casos parecen contribuir más que á la creación á la ruina—como los realizados por la Naturaleza—sólo pueden ser considerados como tales, por aquellas inteligencias vulgares que todo lo supeditan al interés personal y están poco acostumbrados á otra clase de ideas, pero no para el que mirando las cosas desde un punto de vista más elevado, comprende que la destrucción es necesaria á la vida; que ambos son términos complementarios, y que sobre el interés del hombre, y en especial del hombre agricultor, que es el que en más íntimo consorcio con esa Naturaleza vive, está el interés de la creación, que necesita de esa muerte, de esa destrucción para mantenerse viva y renovarse.

Todos podemos fácilmente reconocer esto; pero nadie mejor que el agricultor puede empaparse del fondo de verdad que guarda esta doctrina; encerrado, por decirlo así, en esas manifestaciones de la Naturaleza; acostumbrado por necesidad y por amor á su observación; fija su vista y su in-

teligencia en las variantes que pueden sufrir, cada paso que da es un ejemplo de comprobación de esas ideas; cada día que pasa, una nueva idea que agregar á las múltiples que forman su laboriosa existencia. Y si en algunos instantes, azotado por la desgracia, al ver sus mieses caídas y sus árboles sin hojas, y sus ganados enfermos, puede olvidar tales conceptos, pronto se repone su espíritu pasado ese momento de dura impresión á que difícilmente el hombre se sustrae, y comprendiendo que sus intereses no son, sino por lo pequeño, despreciable parte de otro interés más elevado, acaba por bendecir esa Naturaleza, que si en alguna ocasión le azota por la furia de sus elementos, trata siempre de recompensarle esa deficiencia, equilibrando las necesidades é instintos animales y haciendo que las leyes biológicas concurren al logro del ideal á que sus esfuerzos tienden.

DR. RUIZ ROJO.

MADRID.

CUARTILLAS DEL VERANO.

Cada año aumenta el número de las personas que salen de Madrid durante el verano: el viaje que fué motivo de graves y serias deliberaciones para nuestros abuelos, es para nosotros cosa vulgar y corriente que no necesita larga preparación; y si levantasen la cabeza los graves y sesudos varones que pasaban un mes deliberando antes de decidirse á salir de Madrid para Andalucía ó para el Norte, se asombrarían al ver la facilidad con que ahora se lanza la gente á tomar los trenes.

Los establecimientos balnearios no se conocían apenas; la caridad ejercida por la Santa Hermandad del Refugio llevaba á Fitero, á Trillo y otros manantiales que estaban casi en estado primitivo, racimos de pobres apiñados en destartalladas galeras que partían de la Corredera Baja de San Pablo.

Algunos poderosos hacían uso de las sillas de postas, y la clase media no podía contar nada más que con las galeras aceleradas, un poco más rápidas que las tortugas, y con las diligencias, cuyos billetes era preciso solicitar con mucha anticipación.

Respecto á playas de baños se conocían muy pocas; en el Sardinero no había nada más que unas cuantas casetas de lona; todo el hospedaje que podía ofrecer San Sebastián se reducía á su tradicional Parador Real, y D. Manuel Silvela publicaba artículos dando á conocer los sitios pintorescos de Castro-Urdiales y Laredo, como si se tratase de las más apartadas regiones descubiertas por intrépido viajero.

¡Cómo han cambiado los tiempos! Basta bajar una tarde á la Estación del ferrocarril del Norte, para formarse idea de la fiebre de viajes, que es una de las cualidades distintivas de esta época. De allí sale el tren elegante, formado por berlinas y reservados, que no se detiene hasta la frontera; de allí el convoy que lleva familias burguesas á las playas, antes apartadas y casi inaccesibles, de Asturias y Galicia, y ni un solo instante cesa el movimiento producido por expresos, correos y trenes de recreo.

Apartarse por algún tiempo de la monotonía de las faenas diarias, buscar aire puro, vastos horizontes, los que en la capital faltan, es indudablemente muy grato y muy higiénico.

Madrid, sin embargo, á medida que huyen de él, quiere volver por su fama y confirmar el juicio hace tiempo emitido por el ilustre literato D. Miguel de los Santos Álvarez, que sostiene hace tiempo que la capital de España se ha de convertir con el tiempo en deliciosa residencia de verano.

Estamos en los últimos días de Julio, y el calor, aquel calor torrencial y sofocante de los antiguos tiempos, no ha parecido todavía.

Para escuchar *Los Hugonotes* ó el *Barbero* que

se cantan al aire libre en el Retiro, no hay que dejar los abrigos.

La vida de los salones ha cesado casi por completo; las últimas tertulias de jugadores de tresillo se han dispersado, y la crónica sólo puede registrar algunos banquetes de los que ha sido el más suntuoso el que en honor de los nuevos ministros de Ultramar y Fomento han dado los señores de Martos.

Lo que en Madrid queda del elemento oficial se reunirá en los elegantes salones del Presidente del Congreso, en los que tanto brilla la elegancia y la belleza de su esposa, dama de admirables cualidades para presidir lo que nuestros vecinos los franceses llaman un salón político.

Después de esta fiesta el frac se eclipsará por algún tiempo dejando su puesto al *smoeshin*, como el largo vestido de pesada tela y bajo escote se le ha dejado al traje ligero y vaporoso de batista.

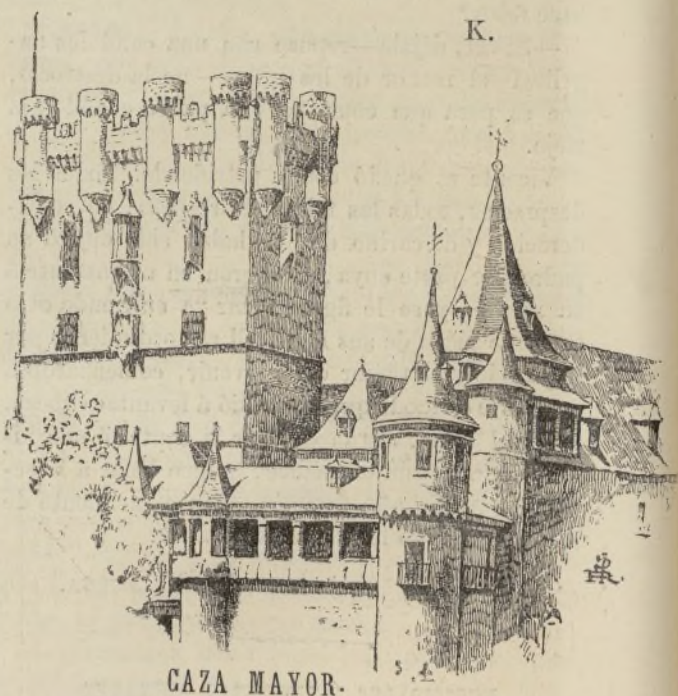
En las obscuridades de los sótanos del Banco de España yacen encerradas las alhajas que brillaron en suntuosas fiestas, y protectora capa de lona envuelve ya los muebles suntuosos del salón.

La crónica ahora tiene que ir á buscar á Santander á los hombres políticos, á San Sebastián la corte, á Biarritz la elegancia. Durante un mes se ha sostenido hablando del crimen de la calle de Fuencarral.

Los accidentes del famosísimo proceso no han agotado todavía el asunto que inspira tanto interés como el primer día.

Madrid, en tanto, se dedica á arreglarse un poco, que bien lo necesita, y cuando los expedicionarios del verano regresen, encontrarán empedrada de madera la calle del Arenal, la del Príncipe y la Carrera de San Jerónimo hasta la calle de Sevilla. Los teatros tendrán luz eléctrica y se habrán realizado otras reformas.

También encontrarán al regreso algunos cadáveres: los de los pobres pinos de la calle de Alcalá.



CAZA MAYOR.

Adolfo Veltroya fué mi primer amigo y compañero en el colegio de Artillería.

Entramos el mismo día y nos colocaron juntos también en la sala tercera.

Desde los primeros instantes simpatizamos ambos á velas desplegadas, y puedo decir ahora, que más que amigos, durante nuestros estudios, fuimos dos hermanos cariñosos que compartimos alegremente, primero, las pesadas bromas ó novatadas del primer año, y después las fatigas y molestias consiguientes de aquella vida de completa reclusión.

Era mi amigo uno de esos chicos que, sin sobresalir en nada, sirven, sin embargo, para todo.

De buena figura, rostro un tanto afeminado, fuerte musculatura, inteligencia clara y, sobre todo, un carácter abierto y leal que prevenía desde luego en su favor.

La gran viveza de su ingenio y una de esas aficiones que,



EL ABREVADERO.

podríamos llamar innatas en algunos hombres, le hacían ser un tanto soñador; pero no como los poetas que cantan allá en el fondo de su alma la naturaleza entera.

Por el contrario, Adolfo consumía todas las energías del sentimiento, todas sus esperanzas y sus más gratas ilusiones en una sola pasión, incontestable, dominante y avasalladora: ¡la pasión de la caza!

¿Cómo siendo tan niño y con una educación como la que sus padres le dieron, tan timorata, pudo tener semejantes inclinaciones?

Averigüelo Vargas, que yo, por mi parte, he pensado muchas veces en ello y nunca me lo he podido explicar, tanto más cuanto que mi buen amigo, para todo lo demás que no fueran cosas de caza, ha demostrado después, durante su carrera, si no apatía, por lo menos algo de indiferencia, excepción hecha de los asuntos del servicio para los cuales ha sido siempre un *suizo*.

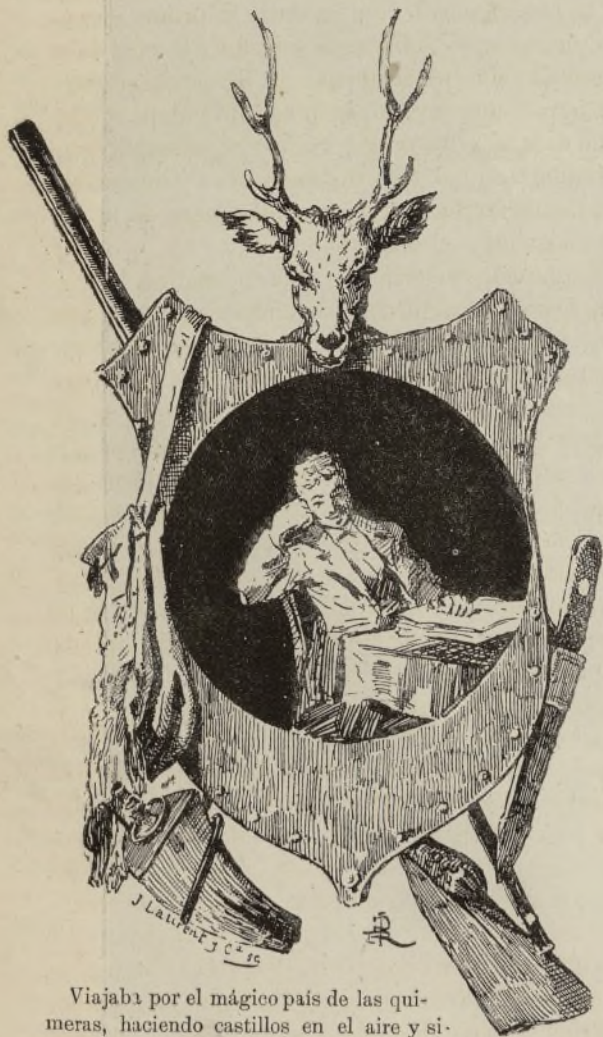
Entre las muchas peripecias á que sus genialidades dieron lugar en el colegio, recuerdo una que me hizo suma gracia por lo inesperada que fué para él.

Era la hora de estudio de una de esas noches de invierno, frías é interminables. Desde las primeras horas de la tarde había empezado á caer sobre la infeliz Segovia una nevada copiosísima.

Una fuerte y continuada ventisca azotaba los cristales de las ventanas y silbaba al pasar entre las peñas que forman los lados del barranco, por cuyo fondo pasa *El Clamores*, modestísimo arroyo al que le cuadra perfectamente el nombre, porque el agua bullidora que corre por su cauce, clameorea sin cesar con monótono son, al igual que las ráfagas del viento que se lamentan en alta voz, con el mayor desgarro, de las fatigas y dificultades que experimentan al correr por aquellas angosturas.

Los cadetes guardaban un silencio sepulcral en la sala, cada uno delante de su papelera; estudiando unos la conferencia del día siguiente, y otros con la vista fija en el libro y el pensamiento á mil leguas de distancia.

Entre los últimos, se contaba aquella noche—según propia confesión—mi buen amigo Adolfo.



Viajaba por el mágico país de las quimeras, haciendo castillos en el aire y siguiendo en dicho viaje—como era natural—sus aficiones favoritas.

Se imaginaba en aquel momento ser un hombre hecho y derecho, con su carrera concluida y dueño, por consiguiente, de todas sus acciones.

¡Maravilloso contraste! No era libre en aquellos instantes de levantarse siquiera de su asiento y su mente juvenil le fingía una hermosa y absoluta libertad.

Figurábase residir en una bellísima posesión de uno de sus aristocráticos parientes, invitado para tomar parte á la mañana siguiente en una gran cacería.

La noche se le pasó casi toda haciendo sus preparativos para el próximo día y contemplando á ratos, desde los balcones de su habitación, el hermoso golpe de vista que presentaban los jardines y los vecinos bosques iluminados por la luz indecisa de la luna.

Cuando quiso dormir apenas si pudo conciliar el sueño, pues á cada momento se dibujaba en su mente, limpia y pura, la imagen delicada de cierta primita suya de ojos negros y pálido semblante, á la cual prima se prometía declarar su atrevido pensamiento durante las peripecias inesperadas de la caza.

Porque la caza y el amor—según discurría Adolfo—han hecho siempre muy buenas migas, hasta el punto de confundirlas algunos cambiando sus nombres con la tranquilidad mayor del mundo.

En estos pensamientos, la Aurora—que á pesar de ser mujer y muy hermosa, según dicen los que la conocen, madrugaba de una manera insultante,—empezó con sus dedos maravillosos y finos á separar, conforme pasaba, los impuros cortinajes de la bruma, asomando en el horizonte su carita de cielo para decir á los mortales que la esperaban: ¡aquí estoy! ¡Todo el mundo á sus quehaceres, que el sol me viene ya tocando las espaldas!

Sin duda delante de la fachada principal de la casa esperaban algunos madrugadores su llegada, porque apenas se presentó en el cielo, llenaron los aires las alegres y sonoras notas de las trompas de caza, que daban la señal de cita para los afortunados cazadores.

Los ladridos de los perros, cuya impaciencia no podían apenas calmar las voces y tirones de los criados que les sujetaban; el eco alegre de las trompas; el relinchar de los caballos; los gritos de los ojeadores que se llamaban unos y otros, y esos mil y mil rumores de tanta gente que iba á venir apresuradamente de un lado al otro, formaban un conjunto atronador que alegraba el ánimo más triste.

Á poco rato empezaron á presentarse en la puerta principal los cazadores, y poco después amazonas y jinetes, conteniendo diestramente el ardor de sus magníficos corceles, formaron delante de la casa un vistoso y animado grupo que emprendió la marcha alegremente, precedido de buen número de lacayos á caballo.

Como no podía menos de suceder, Adolfo Veltroya se las arregló de modo que cuando su monísima prima montaba su noble trotón, la ayudó galantemente y ya no se separó de su lado en todo el día.

Como acontece siempre en esta clase de expediciones á todos los enanos, llegó un momento en que, á pesar de ser la caza su pasión favorita, se olvidó mi amigo de todo cuanto allí le rodeaba para fijarse solamente en el semblante de su prima que, en aquellos instantes, tenía tal encanto, tanta frescura y tanta felicidad retratada en sus ojos de fuego, que causaba vértigo el mirarla.

El la dijo lo que debía decir, y la conversación se hizo tan animada por ambas partes, que los caballos, casi abandonados por sus amos, empezaron á marchar con mayor rapidez hasta que emprendieron por fin un galope bastante vivo sin que aquella feliz pareja se diera por entendida.

¡Y vayan ustedes á contener los caballos! Que si quiere; al fin se lanzaron á la carrera—yo creo que muy á gusto de los dos primitos—y á los pocos minutos se encontraron lejos, muy lejos del resto de la comitiva y solos en medio del bosque.....

El pobre Adolfo estaba tan sumamente abstraído cuando soñaba despierto todas estas cosas que llevo referidas, que no se apercebía siquiera de que había entrado en la sala el capitán de Guardia. Y lo triste del caso fué, que yo tampoco me hice cargo de su presencia hasta que estaba ya casi á dos pasos de nosotros.

¡Y bonito genio que tenía aquel señor! No pasaba jamás por falta ninguna, así fuese más pequeña que la esperanza que yo tengo de ser Ministro, y eso que soy español.

Pues bien; en tan críticos momentos, se conoce que mi buen amigo Veltroya, figurándose en medio de un frondísimo bosque y al lado de su prima, gesticulaba el infeliz—sin duda por convencer á su prima—y por fin exclamó entusiasmado en voz muy clara: «Laura, yo te amo.»

—¡Quince días al calabozo, señor Veltroya!—se oyó decir con voz de trueno á espaldas del infeliz soñador.....

Según me ha dicho varias veces mi amigo, años después, jamás ha pasado, ni pasará en la vida, un momento de terror como aquel en que sonaron en sus oídos aquellas tremendas palabras.

—¡Le besaba la mano á mi prima—in *menti*, por supuesto—decía Veltroya, cuando vino á despertarme de aquel éxtasis divino el zanguango de.... (Aquí se suprime el nombre del capitán, que era entonces y es ahora, un dignísimo Jefe muy querido de todos sus compañeros y que todavía se ríe cuando le recuerdan aquel lance.)

Las aficiones de Adolfo, que hasta entonces habían sido puramente platónicas, empezaron á tomar forma y vida cuando ascendimos á alféreces alumnos.

Recuerdo que, armados con todos los chirimbolos de caza, salimos los dos una mañana del mes de Enero—muy fría por cierto—en dirección al camino llamado *nuevo*, no sé por qué razón, pues es muy viejo, en busca de infelices pajarillos que sacrificar á falta de otra cosa mejor.

Las escopetas preparadas con el mayor silencio y conteniendo hasta la respiración, marchábamos lentamente escurriéndolo todo para buscar nuestras primeras víctimas.

Por fin, al cabo de un buen rato vimos dos pajarillos en un árbol.

Quedamos inmóviles como perros de muestra, sudando por cada pelo una gota, á pesar del frío, tal era nuestra emoción.



—Tú al de arriba y yo al de abajo—dijo Veltroya con voz apenas perceptible. A la una, á las dos..... á las tres. ¡Pum, pum!

—¡Ni el de arriba, ni el de abajo—exclamó en tono zumbón un paleta que nos miraba con maliciosa sonrisa.

Efectivamente, los dos afortunados pajarillos se libraron por aquella vez de una muerte desdichada, pero no del susto del siglo aquel paleta que se burló de nosotros, pues Veltroya, que tenía un genio pronto y llevaba una escopeta de dos cañones, con el que le quedó cargado, disparó sin más comentarios contra el hombre.

No le dió por fortuna, pero el caso fué que el pobre diablo puso pies en polvórosa y desapareció de nuestra vista.

Sería interminable relatar la serie de peripecias á que dieron lugar nuestras expediciones de caza.

Baste decir que dos veces nos quitó la Guardia civil las escopetas, y por este estilo mil y mil contratiempos á cada paso.

Por fin, vimos cumplidas nuestras esperanzas más gratas y premiados nuestros afanes y desvelos.

¡Salimos á tenientes! ¡Oh felicidad! ¡Mueran los libros!

Destinados los dos á un Regimiento de á pie, de guarnición en Madrid y que tenía destacado un batallón en Carabanchel, nos instalamos en aquel campamento, dispuestos á concluir con todas las aves que tuviesen la mala suerte de caer bajo el alcance de nuestras escopetas.



Una mañana salió Veltroya á probar una magnífica escopeta que su padre le había regalado, y cuando volvíamos cansados de no encontrar durante dos horas un solo pájaro á que tirar, tuvieron unos cuantos infelices la mala idea de posarse sobre el tejado de nuestro pabellón.

—¡Gracias á Dios!—dijo Veltroya; y sin más cumplimientos se echó á toda prisa la escopeta á la cara y disparó.....

¿Y para qué diablos volvería en aquel instante de la visita el Médico del batallón?

No me lo explico. Tener el mal gusto de entrar por la puerta del pabellón, precisamente en el instante mismo en que mi atolondrado camarada tiraba contra los pájaros, y ser además tan ambicioso para recibir en cierto sitio casi todos los perdigones de la carga, que no estaban ni por asomo destinados para él.

Figúrense ustedes los lamentos del pobre Doctor que era una persona sumamente bondadosa y apreciable.

—Pero, Corcholis, qué mal tira usted, señor Veltroya—decía el Médico—me ha jorobado usted.

La desesperación de mi amigo no tuvo límites, creyendo—como yo creía al principio—que la herida pudiera tener consecuencias desagradables.

Se llamó un buen médico á Madrid, y afortunadamente, tanto le cuidamos todos—en especial Veltroya, que no se apartaba un momento de su lado—y tuvo el médico que le asistía tan buen acierto é interés, que en breve plazo se curó completamente.

Pasado ya algún tiempo, le decía el Doctor á mi amigo:

—La escopeta que le regaló á usted su papá no puede ser peor, y si no aquí estoy yo para certificarlo.

—Está usted equivocado, querido Doctor—replicaba Veltroya;—yo apunté mal, es verdad; pero el arma no pudo demostrar mayor precisión.

De los perdigones de la caza recibió usted el 50 por 100, lo menos, alrededor del *centro de impactos*, ¡y eso es magnífico hasta el punto de que, más que *sencilla caza*, fué *aquello caza mayor*!

Y desde este día, siempre que deseábamos hacer reír al Doctor, le decíamos que él tenía el raro privilegio de ser caza mayor.

Desde que aconteció todo cuanto llevo referido hasta el presente, han pasado algunos años. ¡Ya lo creo!

Mi amigo Veltroya se casó con su prima después de dos años de unos amores sumamente novelescos.

Laura le trajo una dote muy respetable, y gozan hoy los dos de una posición envidiable.

Hace un año precisamente fui á sus posesiones invitado por tan simpática pareja, para una montería por todo lo alto, y allí pude ver realizadas con todos sus detalles las soñadas imágenes de Veltroya cuando era cadete.

Recuerdo que en el momento que ayudaba á su mujer para montar á caballo, dije yo en alta voz: «¡Quince días al calabozo, señor Veltroya!»

Volvió la cabeza mi amigo, y besando la blanca mano de Laura, me dijo riéndose:

—Ahora sí que se fastidia *Fulano* (el capitán que le había arrestado entonces), porque me voy á caza con ella. ¿Volverías á los tiempos aquellos de cadete?

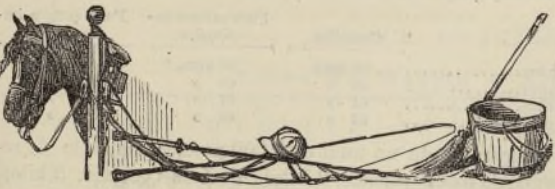
—¿Para qué?—le respondí.—La vida es un viaje; cuanto más pronto se acabe, más presto se llega al fin.

—¿Y en el fin está la dicha?—me contestó.

—Yo no lo dudo, por eso me considero dichoso.

FELIPE MATHÉ.

Valencia, 12 de Julio de 1888.



TRATAMIENTO DE LOS CABALLOS DE CARRERAS.

Alimentación.

El alimento es necesario para la vida, tanto más cuanto mayores sean las pérdidas y combustiones que experimenta el organismo; ahora bien, estas pérdidas y combustiones están en razón directa del trabajo ó ejercicio muscular que se exija al animal. De todos los caballos, el de carrera es el que más trabaja y por lo tanto, requiere una alimentación especial para compensar sus excesivas pérdidas. El caballo en su estado salvaje come constantemente, porque su estómago, que es sumamente pequeño, así lo requiere, y porque sus alimentos en este estado se componen casi exclusivamente de hierbas, substancia que no constituye un alimento de lo más nutritivo, y tiene que ser por lo tanto ingerida en gran cantidad y á menudo, para que el cuerpo pueda extraer de ellas la cantidad de substancia alimenticia que necesita.

El caballo de carrera también tiene que comer con frecuencia; pero su alimento debe ser sumamente nutritivo y poco voluminoso.

Horas de las comidas.—Ya hemos dicho que el caballo debe comer á menudo; esto es de gran importancia en el caballo de carrera; primero, para que el cuerpo se sienta bien retribuido de la pérdida que sufre (el trabajo *excesivo*) y segundo, para evitar las distensiones estomacales y presión consecutiva de los órganos respiratorios y circulatorios, que lógicamente resulta si el animal ingiere gran cantidad de alimento en dos ó tres comidas.

El caballo de carrera debe ser alimentado por lo menos cinco veces al día: á las seis de la mañana, á las nueve, á las doce ó la una de la tarde, á las cuatro ó las cinco y á las ocho ó nueve de la noche; de esta manera el animal come menos y así-mila más, y por lo tanto, está dispuesto á efectuar los ejercicios á que se le somete.

El establo debe abrirse en verano á las cuatro y

media ó cinco de la mañana; los caballos se sacarán al aire libre, y mientras los mozos de cuadra atienden al aseo de las caballerizas ó (box stalls) corrales, que son los más adecuados para estos caballos, los caballerizeros limpiarán los animales.

Acerca del modo de efectuar esta limpieza, nada diremos, toda vez que es asunto de todos conocido. Después de concluida esta operación, se le da á tomar toda el agua que apetezca y su primer pienso; á las siete y media ú ocho ya habrá concluido de comer, y á esa hora se ensilla para que haga su ejercicio matutino, del que trataremos más adelante.

A las nueve ó nueve y media, vuelve el caballo del ejercicio de mañana y entonces se le da su segundo pienso y el agua que apetezca, quitándole antes el polvo ó el fango; á las doce tomará un tercer pienso, y á las tres se le sacará para el ejercicio de la tarde; éste debe durar una ó dos horas, así es que á las seis debe estar de vuelta y limpio para comer el cuarto pienso. A las ocho ú ocho y media se le da el quinto pienso y se le prepara la cama para pasar la noche.

Calidad y cantidad de los alimentos.—Los alimentos del caballo de carrera tienen que ser sumamente nutritivos y poco voluminosos: el maíz (del país) ocupa el primer lugar; la avena, el frijol, el garbanzo, son buenos alimentos; el palmito molido es tan bueno como el maíz, pues es una semilla rica en substancia aceitosa y constituye un buen alimento para el caballo, cuando se le administra solo ó mezclado con el maíz ó afrecho: el grano tiene que estar seco, libre de la película que le cubre y molido recientemente de una manera grosera.

La cantidad de agua y alimento que debe darse á cada animal, no se puede fijar, pues unos requieren más que otros. El mozo de cuadra debe estudiar el apetito de cada caballo y darle la cantidad de alimento que buenamente pueda consumir. Si el caballo no comiere todo el pienso que se le dé, se limpiará el pesebre, separando el resto abandonado de sus alimentos, pues pocas cosas producen más inapetencia que la vista y el olor de la comida que no se desea.

Es también conveniente variar de vez en cuando el pienso; por ejemplo, si el de por la mañana ha sido de maíz solo, el de las nueve debe ser de avena y afrecho, y por la noche se le puede dar el maíz con un poco de frijoles ó garbanzos.

En cuanto á comida verde, siempre se le debe de dar algo al animal aunque no en gran cantidad, pues predispone mucho, sobre todo en los caballos nerviosos, á diarreas, que los debilitan considerablemente.

A los caballos muy bebedores se les dará siempre, antes del agua, un poco de heno para impedir de ese modo algún ataque de cólico espasmódico, que con frecuencia se presenta en los caballos que toman de una sola vez gran cantidad de agua.

Es de suma importancia la regularidad en la administración de las comidas; este es un punto muy descuidado aquí donde el servicio de establo es poco esmerado y está entregado á personas que *todo lo saben*, pero que en realidad no saben nada, y por cuya razón aquí más que en ningún lugar viene bien el proverbio que dice: *el ojo del amo engorda al caballo*.

Es tan importante la regularidad y el buen orden en el establo, como lo es el ejercicio y el estado de preparación en el campo, pues muchos caballos no deben las derrotas que sufren más que á la falta de un buen cuidado; por eso debe elegirse siempre para atender á los caballos, un hombre que no sea de los *que todo lo saben*, sino uno que esté dispuesto á cumplir al pie de la letra cuanto se le mande hacer.

Ejercicio.

A la alimentación sigue en importancia el ejercicio, pues por bien alimentado que esté un animal, no puede dedicarse á trabajos fuertes sin que sus músculos y órganos respiratorios y circulatorios se hallen acostumbrados gradualmente á ello. El ejercicio en los caballos de carrera tiene por objeto la educación de tres aparatos: el pulmón, el corazón y el sistema muscular, pues hay animales, cuyos músculos ya están acostumbrados á un largo y forzado ejercicio (marchas largas pero á paso corto), pero cuyo corazón y pulmón no puede sufrir una carrera de dos ó tres millas; estos caballos dicen los ingleses que no están *in wind*.

En Europa y los Estados Unidos se principian á preparar los caballos, poco después que cumplen el año, para las carreras de los *yearlings*, que por lo general, son sumamente cortas; aquí no sucede lo mismo ni tampoco tenemos carreras de *yearlings*, por lo tanto lo que se requiere es un animal que pueda correr una milla ó más á toda velocidad y esto no se puede conseguir más que con caballos que hayan alcanzado su completo desarrollo.

Nada diremos del modo de domar los caballos destinados á carreras; pues, como ya he dicho, me limitaré en estos apuntes sólo á la alimentación y al ejercicio. Un caballo de tres años de edad alimentado como he dicho anteriormente, ¿cuántas veces al día debe de ejercitarse? Después del pienso de mañana que debe tomar el animal á las seis, para concluirlo en media ó en una hora, se le saca de la cuadra ensillado para darle su primer ejercicio, de las siete á las siete y media, el cual debe consistir en un paseo al paso ó á la marcha, de media hora á una, concluyendo con un galope moderado de una ó dos millas. Si bien al principio debe disminuirse algo esta distancia para aumentarla gradualmente hasta llegar al máximo de lo que pueda soportar el animal.

Terminado el ejercicio se trae el caballo á la cuadra, se limpia y se le da el segundo pienso, de corta cantidad; á las doce el tercer pienso, que será abundante, y á eso de las dos ó las tres se le saca para el ejercicio de la tarde, que debe consistir en un galope corto de media hora, un paseo al paso de otra media hora, y por último uno, dos ó tres galopes á cuanto pueda resistir el caballo, de una milla ó más, según la carrera para lo cual se le esté preparando. No hay que decir que en los primeros tiempos de su educación, el animal no sufre un ejercicio tan fuerte, y el preparador inteligente debe aumentarlo hasta donde crea conveniente.

Terminado el ejercicio de la tarde se trae á la cuadra, se le quinta el polvo ó fango que haya traído del paseo, sin lavarle más que los ojos y la boca, y se le da su cuarto pienso, el cual no debe ser muy abundante. En el intervalo que media entre el cuarto y el quinto pienso, que debe ser á las ocho ó nueve de la noche, son siempre convenientes las fricciones en las extremidades para impedir las inflamaciones ó dolores que se presentan en ellas como resultado del ejercicio. Para esto nada es mejor que la mano desnuda. Un niño puede ejecutar convenientemente esta operación, que consiste en frotar desde las rodillas hasta el casco durante veinte minutos. Bueno será ejecutar estas frotaciones después del ejercicio matutino, pues aunque realmente está indicado después del ejercicio de la tarde, no está demás el repetirlo.

Algunos caballos suelen presentar una inflamación en las extremidades (cargarse de patas): para combatir este inconveniente, se practicarán fricciones secas, aplicando luego algún líquido estimulante, v. gr., el aguardiente alcanforado: se aplicarán además vendajes ligeramente compresos que estarán colocados toda la noche.

Es un error creer (como piensan algunos) que los caballos de carrera necesitan fricciones estimulantes ó fortificantes; estas fricciones no están indicadas más que en los casos en que la naturaleza es deficiente en elasticidad y fuerza. Las fricciones alcohólicas sólo están indicadas en aquellos caballos que después de una ó dos carreras presentan una notable falta de elasticidad ó una inflamación en sus miembros. El caballo que se está educando debe tener confianza en sus fuerzas; con este objeto se le hará acompañar durante su ejercicio de uno ó más caballos reconocidamente inferiores á él; de este modo se logra que adquiera la confianza necesaria y la costumbre de vencer.

Es frecuente en este país la idea de que basta ejercitar sólo una vez al día los caballos, sea por la mañana ó por la tarde; este es un error gravísimo, primero, porque un caballo que sólo se ejercita cada veinticuatro horas, padece con gran facilidad inflamaciones en los miembros; segundo, porque el caballo permanece veinte de las veinticuatro horas en el establo, no disfrutando de la cantidad de aire puro que reclama su pulmón, y tercero, que un ejercicio de tres ó cuatro carreras no es suficiente para la educación de los músculos y el pulmón.

No es posible fijar la cantidad de ejercicio que debe hacer un caballo, toda vez que ésta es variable para cada animal; nos limitaremos, por lo tanto, á decir que el ejercicio debe estar en razón directa de la alimentación.

El caballo debe hacer un ejercicio fuerte hasta que se haya obtenido una conveniente disminución en su peso; pero se cuidará de que este adelgazamiento artificial no sea excesivo y no afecte la fuerza y la salud, ni sea el resultado de una alimentación deficiente.

Si un caballo en educación pierde el apetito, se le proporcionará un descanso relativo, suprimiendo por algunos días los ejercicios fuertes, como el galope y las carreras.

El día de la carrera basta el ejercicio de la mañana, que debe constar de un paseo largo y un galope corto.

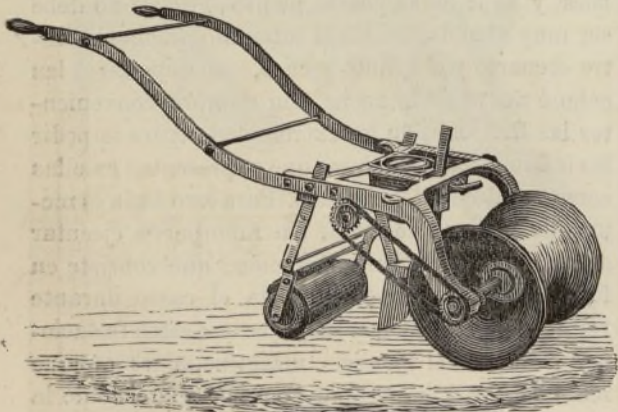
HONORÉ DE LAINÉ.

(De El Sport.)

NUEVA SEMBRADORA DE MANO.

La casa Richmon y Chaudler, de Manchester (Inglaterra), ha puesto á la venta recientemente una maquina para esparcir con igualdad las semillas sobre los terrenos.

Compuesta de uno pequeño depósito, una reja, un rodillo cóncavo y un cilindrico, éste de hierro fundido y las demás piezas forjadas; reúne este aparato á su sencillez y buen resultado, un precio muy económico que hace su adquisición fácil por labradores de posición más modesta.



El rodillo cóncavo que lleva en su parte anterior, sirve para la estabilidad del aparato, pues en terreno llano descansa sobre ambos extremos, y en tierras alomadas se adapta perfectamente á la cima del lomo ó camellón, permitiendo la siembra en líneas rectas que señala la reja inmediata al rodillo descrito; el segundo rodillo cilindrico cierra el surco abierto por la pequeña reja, que va unida al aparato, y apisona el terreno de un modo tan completo, que ninguna semilla queda al descubierto. Al eje del rodillo cóncavo va

unida una rueda dentada que, por medio de una cadena sin fin, transmite el movimiento al graduador del depósito, regularizando la salida de la semilla.

Dos flejes de hierro terminados por unas manillas de madera sirven para empujar y hacer marchar el aparato.

La economía que se obtiene en la cantidad de semilla esparcida, compensa en muy poco tiempo el desembolso hecho con la adquisición de la máquina de que nos ocupamos.

DIANA CAZADORA.

Una vez en el año suelen dar las plantas sus flores y sus frutos: más perfecto el hombre no necesita tanto tiempo para reproducirse, siquiera tarde bastante en su desarrollo.

De una flor á otra flor largo es el espacio de tiempo que transcurre: las tiernas hojas aspiran el oxígeno y el ácido carbónico que contiene el aire; las innumerables raíces buscan en lo más oculto de la tierra substancias y elementos asimilables; las lluvias y el rocío entretienen su vida... el viento, complaciente, deposita el polen donde todo está preparado á recibirle. De la misma manera el hombre inteligente no extrema ni precipita sus amores, retrasa en el adolescente que le es caro la hora de su himeneo; le entretiene con ejercicios viriles, con estudios que aseguren su porvenir y le permitan conocer los escollos y asperezas de la vida.

Origen de todo lo creado es el amor, y Venus cuenta entre su adeptos cuantos siguen las leyes naturales; sustraerse á su influjo por completo es locura; pero evitar que su culto nos avasalle y aniquile, propio parece de aquel espíritu de conservación inseparable de toda especie que vive. Natural fué, por tanto, que donde obtuvo altares Venus los tuviera Diana: á toda acción sucede una reacción, y en Diana personificaron los griegos la energía y la abstinencia relativas: la juventud estaba bajo su protección; la invocaban los enfermos y hacían llegar hasta á su lecho el olor balsámico de los bosques, como delicado remedio á sus enfermedades.

Como los vientos fríos purifican la atmósfera, así su influencia conservó durante mucho tiempo en Grecia un ambiente de grandeza y heroísmo.

«Ella excitaba á los jóvenes á los ejercicios del gimnasio, al placer de la caza, alejándolos de las casas de las cortesanas y de los pórticos de los retóricos» (1).

E.



CARRERAS DE CABALLOS EN ZARAGOZA.

OTOÑO DE 1888.

EL 15 Y 17 DE OCTUBRE, Á LAS DOS EN PUNTO DE LA TARDE.

Presidente, Excmo. Sr. Marqués de Villafranca de Ebro.

COMISARIOS:

Sr. D. Conrado Aramburo.
Sr. Vizconde de Iruete.

JUEZ DE SALIDA:

D. Eduardo Repiso.

JUECES DE PESO:

D. Máximo Quinto.
D. Juan Loicorri.

JUEZ DE LLEGADA:

D. Mauricio Elorreaga.

HANDICAPPERS:

D. Agustín de la Viesca.—D. Pedro Serais.
D. Francisco de P. Gea.

PROGRAMA.

Primer día.

Primera carrera (á las dos).—*Premio Ebro*: 500 pesetas de la Real Maestranza de Zaragoza. —Para caballos enteros y capones y yeguas de todas clases, propiedad de vecinos de Aragón y que no hayan estado nunca en una cuadra de carreras, montados por gentes del país con exclusión de los que no hayan ganado este premio anteriormente.

Distancia, 1.200 metros. Matricula, 10 pesetas.



Segunda carrera (á las dos y media).—*Premio del Coso*:

(1) Paul de St. Victor.

1.000 pesetas, del Ministerio de Fomento. —Para caballos enteros y yeguas de tres años en adelante.

Pesos: De tres años, 55 kilos; cuatro años, 66 kilos; cinco años, 68 $\frac{1}{2}$ kilos; seis años y cerrados, 70 kilos.

Penalidad: Ganadores de una ó varias sumas desde 1.000 á 5.000 pesetas, 3 kilos; de 5.000 á 10.000 pesetas, 6 kilos; de 10.000 á 15.000, 8 kilos; de 15.000 á 20.000 y más, 10 kilos.

Distancia, 1.600 metros. Matricula, 60 pesetas.



Tercera carrera (á las tres).—*Militar. Premio de S. M. la Reina Regente*: Un objeto de arte. —Para caballos del Ejército, procedentes de remontas ó compra, que no sean pura sangre inglesa, árabe ó anglo-árabe.

Peso, 67 kilogramos.

Distancia, 2.500 metros próximamente. Matricula, 25 pesetas.

Penalidades: Los vencedores de esta carrera hasta la fecha, y los que lo sean en lo sucesivo, llevarán 3 kilos de recargo.

Los caballos que no ostenten hierro de ganadería de la Península ó el de sementales del Estado, y los no pura sangre nacidos en el extranjero, llevarán 10 kilos de recargo.

No podrá disputar este premio el caballo que haya tomado parte en carrera pública que no haya sido militar. —Traje de uniforme, sin espada.



Cuarta carrera (á las tres y media).—*Ensayo*: 1.250 pesetas. —Para potros y potrancas de todas razas, de dos años, nacidos en el país.

Pesos: Cruzados, 50 kilos; pura sangre, 55 kilos; pura sangre importados, 58 kilos.

Distancia, 1.000 metros. Matricula, 70 pesetas.



Quinta carrera.—*Omnibus*: 1.250 pesetas. —Para caballos enteros y yeguas de todas razas y todos países.

	Cruzados.	Pura sangre nacionales.	Pura sangre importados.
3 años.....	50 kgrs.	55 kgrs.	59 kgrs.
4 años.....	58 »	63 »	67 »
5 años.....	62 »	67 »	71 »
6 y más años.....	63 »	68 »	72 »

El ganador de un total de 2.000 pesetas, un kilo de recargo; de 3.500 pesetas, 2 kilos; de 5.000 pesetas, 3 kilos; de 10.000 pesetas, 5 kilos; de 20.000 y más, 10 kilos. Los anglo-árabes llevarán, sean ó no importados, 2 kilos más que los cruzados.

Distancia, 2.000 metros. Matricula, 70 pesetas.



Segundo día.

Primera carrera. — 250 pesetas. —Para todos los caballos que no hayan corrido en el premio *Ebro* menos el ganador de él.

Distancia, 1.200 metros. Matricula, 5 pesetas.



Segunda carrera.—*Velocidad*: 1.750 pesetas. —Handicap para potros y potrancas de dos años, de cualquier raza, nacidos en la Península.

Distancia, 1.000 metros. Matricula, 75 pesetas.



Tercera carrera.—*Militar. Premio de las Señoras*. —Para caballos procedentes de remonta y compra pertenecientes al Regimiento de la guarnición de Zaragoza, y montados por oficiales.

Peso discrecional.

Distancia, 2.000 metros.



Cuarta carrera.—*Gran premio de Zaragoza*: 3.000 pesetas. —Handicap para todo género de caballos enteros y capones y yeguas nacidos dentro y fuera de la Península.

Distancia, 2.500 metros. Matricula, 100 pesetas.



Quinta carrera.—*Militar de saltos*: Un objeto de arte. —Para caballos procedentes de remonta y de compra, nacidos en la Península, que ostenten hierro de ganadería peninsular ó el de sementales del Estado, y que no sean pura sangre inglesa, árabe ó anglo-árabe.

Distancia, 2.500 metros próximamente: 11 obstáculos. Matricula, 25 pesetas.

Peso, 70 kilogramos.

Penalidades: El vencedor de esta clase de carreras llevará un recargo de 4 kilos por cada una de las veces que lo hubiere sido.

No podrá disputar este premio el caballo que haya tomado parte en carrera pública que no haya sido militar. —Traje de uniforme sin espada.



Sexta carrera. — *Consolación*: 500 pesetas, más las matriculas. — Handicap para todo género de caballos y yeguas que habiendo corrido en esta reunión no hayan alcanzado premio alguno, excepto en la primera carrera de ambos días. Distancia, 1.500 metros. Matricula, 50 pesetas.



Observaciones.

- 1.ª Las matriculas se harán en Madrid por carta ó telegrama hasta el día 8 de Octubre, á las seis de la tarde, en el domicilio de la *Sociedad de la Cría Caballar de España*, Prado, 27, entresuelo derecha.
- 2.ª A las matriculas acompañará el importe de ellas y la relación de los caballos á quien correspondan.
- 3.ª Los premios se harán efectivos en el mismo día en que se corran.
- 4.ª Las carreras se regirán por el Reglamento de la *Sociedad del Fomento de la Cría Caballar*.
- 5.ª Para correr el Gran Premio de Zaragoza es menester haber estado matriculado en una carrera de peso fijo en esta reunión y haber corrido anteriormente en la Península.

6.ª Se ruega á los dueños que pasen aviso á la Secretaría el día 10, á más tardar, indicando el número de caballos inscriptos que piensan llevar, para habilitarles cuadras, al precio de 25 pesetas, valla fija, y 75 pesetas por jaula.

Por la Reunión:
El Secretario,
LUIS RAMÓN CARBONELL.

ADVERTENCIA.

Las Oficinas de **EL CAMPO** se han trasladado provisionalmente á la calle de Belén, núm. 18, principal, á donde se dirigirán las reclamaciones, anuncios y correspondencia, á nombre del Director gerente D. Julián Settler.

A LOS SORDOS

Una persona que se ha curado la sordera y ruido de oídos que padecía durante 23 años usando un remedio sencillísimo, enviará su descripción gratis á quien lo desee. Dirigirse al Sr. Nicholson, 12, Preciados, Madrid.

JABON REAL **VIOLET** JABON
DE **THRIDACE** *único inventor* **VELOUTINE**
Recomendados por autoridades médicas para higiene de la Piel y Belleza del Color

EL CAMPO

REVISTA DE SPORT

AGRICULTURA, JARDINERÍA, CAZA Y PESCA

PRECIOS EN ESPAÑA Y PORTUGAL.

Año..... 20 pesetas.
Seis meses..... 11 »
Tres..... 6 »

EN EL EXTRANJERO.

Año..... 25 francos. Año..... 6 pesos fuertes
Seis meses..... 14 » Seis meses. 3,50 »
Tres..... 8 » Tres..... 2 »

OFICINAS:

Calle de Belén, 18, principal.

Establecimiento Tipográfico «Sucesores de Rivadeneyra»,
IMPRESORES DE LA REAL CASA,
Paseo de San Vicente, 20.

ALBERTO AHLES

15, Paseo de la Aduana.—Barcelona.

ESPECIALIDAD EN

Bombas para jardines, riego, incendios y tra siego. Prensas y filtros para Vinos, Alambiques, etc. Toda clase de artículos para Bodegas y Botillerías. Arados, Aventadoras, Corta-pajas, Corta-raíces, Quebrantadores de granos, Desgranadoras de maíz, Segadoras, Guadañadoras, Trilladoras, etc., etc.

Catalogos gratis y franco.

Compañía de los ferrocarriles de Madrid á Zaragoza y á Alicante.

SERVICIO DE TRENES.

Línea de Madrid á Alicante.

ESTACIONES.	Mixto.	Mixto.	Correo.	Mixto.	Correo.
Madrid..... salida...	M. 7.15	T. 4.30	N. 7.45	M. 11.15	T. 7.45
Alcázar..... llegada...	12.28		12.45	3.31	12.05
Chinchilla..... llegada...		T. 5.17	5.17	9.51	
La Encina..... llegada...			7.51	1.11	
Alicante..... llegada...			10.00	5.20	

Línea de Cartagena.

ESTACIONES.	Mixto.	Correo.	Mixto.
Madrid..... salida...	M. 10.00	N. 8.15	
Chinchilla..... llegada...	9.51	5.17	
Murcia..... llegada...	5.30	10.37	
Cartagena..... llegada...	8.55	12.55	6.45

Línea de Zaragoza.

ESTACIONES.	Mixto.	Mixto.	Correo.	Mixto.
Madrid..... salida...	M. 7.05	M. 11.00	N. 7.30	T. 4.35
Guadalajara..... llegada...	9.06	1.05	9.10	6.40
Calatayud..... llegada...	9.16	T. 9.15		
Sigüenza..... llegada...	12.26		11.37	
Alhama..... llegada...	3.40		2.07	
Calatayud..... llegada...	4.40		2.59	
Zaragoza..... llegada...	8.20		6.05	

Línea de Sevilla á Madrid.

ESTACIONES.	Mixto.	Expres.	Correo.
Madrid..... salida...	M. 7.00	T. 6.20	T. 7.35
Alcázar..... llegada...	12.28	9.60	12.05
Sevilla..... llegada...	12.48	10.10	12.36
Madrid..... llegada...	7.15	9.20	2.20

Línea de Sevilla á Huelva.

ESTACIONES.	Mixto.	Correo.
Huelva..... salida...	T. 3.90	M. 5.15
Sevilla..... llegada...	8.54	9.40
Madrid..... llegada...	9.20	10.05
Huelva..... llegada...	5.35	6.00

CHARLES LANCASTER

AWARDED 17 FIRST-CLASS PRIZES AND MEDALS

Estimates and Price-lists of

GUNS, RIFLES, PISTOLS, CARTRIDGES, &c.,

free on application

PLEASE STATE REQUIREMENTS

151 NEW BOND STREET,
London, W. Established 1826.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA DE BARCELONA

LINEA DE LAS ANTILLAS

CON SERVICIOS Y EXTENSIÓN Á

NEW-YORK Y VERACRUZ

Tres salidas mensuales con las escalas y extensiones siguientes:

El 10, de Cádiz, con escala en las Palmas, y haciendo antes la de Barcelona el 5, y eventual la de Málaga el 7.
El 20, de Santander, con escala en la Coruña el 21, y haciendo antes la de Liverpool el 8 y las del Havre el 14.
El 30, de Cádiz, haciendo antes escala en Barcelona el 25, y eventual en Málaga el 27, con extensión á los litorales de Puerto Rico y Cuba, Centro América y Puertos del Pacífico y Estados Unidos de América.

LÍNEA DE FILIPINAS

CON ESCALAS EN

PORT-SAID, ADEN, COLOMBO Y SINGAPOORE

SERVICIO Á

ILO-ILO Y CEBÚ

Trece viajes anuales, partiendo de LIVERPOOL, con escalas en

CORUÑA, VIGO, CÁDIZ, CARTAGENA, VALENCIA Y BARCELONA

de donde saldrán cada cuatro viernes, á partir del 29 de Julio de 1887.

De MANILA saldrán cada cuatro lunes, á partir del 25 de Julio.

Líneas del Río de la Plata, Costa occidental de Africa y Marruecos

Estos nuevos servicios se plantearán en Diciembre de 1887.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año si no encuentran trabajo. La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE.—La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen las muestras y precios que con este objeto se le entreguen.

Para más informes en **Barcelona**: La Compañía Trasatlántica, y Sres. Ripol y Compañía, plaza de Palacio. — **Cádiz**: Delegación de la Compañía Trasatlántica. — **Madrid**: D. Julián Moreno, Alcalá. — **Liverpool**: Sres. Larrinaga y C. — **Santander**: Angel B. Perez y C. — **Coruña**: D. E. da Guarda. — **Vigo**: Antonio López de Neira. — **Cartagena**: Bosch hermanos. — **Valencia**: Dart y C. — **Manila**: Sr. Administrador general de la Compañía General de Tabacos.

CARTUCHOS

ELEY BROTHERS

LIMITED

Fabricantes de Cartuchos y Cápsulas de Caza y Guerra

PROVEEDORES DE VARIOS GOBIERNOS

FABRICAS. 254 GRAYS INN, LONDRES

Venta al por mayor solamente

Para precios é informes, dirigirse al Agente general en España

JESUS ARAMBURU Y SILVA

GETAFE, MADRID.

SANTOS

Capellanes, 7, Madrid.

UNICO DEPOSITO

PARA LA

VENTA DE VELOCÍPEDOS

Representante de las mejores fábricas extranjeras.

Biciclos y triciclos de todas clases, tamaños y precios.



OBRAS VENATORIAS

DE
GUTIÉRREZ DE LA VEGA

Album de la Ilustración Venatoria.—Es un hermoso volumen en folio mayor, con una magnífica colección de más de cien preciosos grabados representando escenas de caza y pesca, por los primeros artistas de Europa, que constituye el más bello adorno del gabinete de un aficionado á estos deleites.

Cuesta 10 pesetas, así en Madrid como en provincias. Hay ejemplares preciosamente encuadernados, que no pueden enviarse por el correo, pero que se expenden en Madrid con 2 pesetas 50 céntimos de aumento, es decir, á 12 pesetas y 50 céntimos.

Biblioteca venatoria de Gutiérrez de la Vega. Ediciones de lujo, de preciosos volúmenes en 8.º, con caracteres elzevirianos y en papel de hilo. He aquí los volúmenes publicados:

I y II.—LIBRO DE LA MONTERÍA del rey D. Alfonso XI, con un discurso y notas del Excmo. Sr. D. José Gutiérrez de la Vega.—Consta de dos tomos gruesos, á 6 pesetas cada uno en Madrid, y á 7 pesetas en provincias.

III.—LIBROS DE OETTERÍA del Príncipe y el Canciller.—Contiene dos obras: el *Libro de la Caza*, del Príncipe D. Juan Manuel, y el *Libro de la Caza de las Aves*, del Canciller Pero López de Ayala, con un discurso y notas del Excmo. Sr. D. José Gutiérrez de la Vega.—Consta de un tomo grueso, á 2 pesetas en Madrid, y á 2 pesetas y 50 céntimos en provincias.

IV.—DISCURSO SOBRE LA MONTERÍA, por Gonzalo Argote de Molina, con otro discurso y notas del Excmo. Sr. D. José Gutiérrez de la Vega.—Consta de un tomo delgado, á 2 pesetas en Madrid, y á 2 pesetas y 50 céntimos en provincias.

Almanaques de la Ilustración Venatoria para cazadores y pescadores. Se han publicado los años 1880, 1881, 1882, 1883, 1884 y 1885. Cada uno á 25 céntimos de peseta.

Bibliografía venatoria española, por el Excmo. Sr. D. José Gutiérrez de la Vega.—Un volumen en 8.º, edición elzeviriana, en papel de hilo. Tirada de 25 ejemplares numerados, con grandes márgenes, que no se ha puesto á la venta.

Nota.—Los pedidos se harán á la Administración de las Obras Venatorias, Travesía del Conservatorio, núm. 3, en Madrid.

CAZADO DE CAZA.—Zapatería de Eusebio Fernández, calle de la Salud, núm. 19, Madrid.—Especialidad en calzado para caza, de todas clases y formas. Surtido constante, y se hace á medida.—Medias de cuero y alpargatas guarnecidas.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D^r FRANK



Aperitivos, Estomacales, Purgantes, Depurativos
Contra la Falta de Apetito, el Estreñimiento, la Jaqueca, los Váridos, Congestiones, etc.
Dosis ordinaria: 1 á 2 granos.
Noticia en cada caja.
Exigir los Verdaderos en CAJAS AZULES con rótulo de 4 colores y el Sello azul de la Unión de los FABRICANTES.
Paris, Farmacia Leroy y principales 1.ª

ATOCHA, 25, PRAL.

CORTIJO.

SASTRE.

ESPECIALIDAD EN TRAJES DE CAZA Y CAMPO

VARIADO Y ESPECIAL SURTIDO

Panas, Driles, Gamuza y Becerro anteado

PARA LA ROPA CITADA.

Se hacen trajes á precios económicos para guardas de campo.

GRAN SURTIDO EN LEGUIS Y POLAINAS DE DRIL Y LONA IMPERMEABLE.

25, Atocha, 25, principal.

MADRID.



En todas las Perfumerías y Peluquerías de Francia y del Extranjero.

La VELOUTINE

Polvo de Arroz

especial

PREPARADO AL BISMUTO

Por CH. FAY, Perfumista

9, rue de la Paix, 9, PARIS



HOOPER & C^o

FABRICANTES DE CARRUAJES

DE

S. M. LA REINA VICTORIA DE INGLATERRA

S. A. R. EL PRÍNCIPE DE GALES

S. M. EL EMPERADOR DE ALEMANIA

S. A. I. EL PRÍNCIPE HEREDERO DE ALEMANIA, &c. &c. &c.

VICTORIA STREET.—LONDRES.

PRESENTADA POR EL SR. D. JOSÉ DE LA SIERRA

AGENTE GENERAL PARA ESPAÑA Y PORTUGAL

GUTIÉRREZ

26, DESENGAÑO, 26

Muebles de ebanistería y tapicería. Casa especial en sillerías y gabinetes. Exportación á provincias.

CAZADORES

Grandes rebajas en escopetas, revólvers, cartuchos y demás efectos de caza, por lo cual los pagos al contado.

CARRILLO

CALLE DE LA CRUZ, N.º 23, MADRID

EXPOSITION UNIV^{rs} 1878

Médaille d'Or Croix de Chevalier

LES PLUS HAUTES RÉCOMPENSES

ACEITE de QUINA

E. COUDRAY

PREPARADO ESPECIALMENTE para la HERMOSURA del CABELLO

Recomendamos este producto, que las Celebridades medicas consideran, por su principio de Quina, como el REGENERADOR mas poderoso que se conozca.

ARTICULOS RECOMENDADOS

PERFUMERIA A LA LACTEINA

Recomendada por las Celebridades Medicas

GOTAS CONCENTRADAS para el pañuelo.

AGUA DIVINA llamada agua de salud.

SE VENDEN EN LA FÁBRICA

PARIS 13, rue d'Enghien, 13 PARIS

Depósitos en casas de los principales Perfumistas, Boticarios y Peluqueros de ambas Américas.

La ETERNA BELLEZA de la PIEL obtenida con el empleo de la

PERFUMERIA ORIZA

de L. LEGRAND, Proveedor de la Corte de Rusia.



ORIZA-LACTÉ
LOCION EMULSIVA
Blanquea y refresca la piel
Quita las manchas de rojez.

ORIZA-VELOUTÉ
JABÓN según el D^r O. REVILL
El mas suave para la piel.

ESS-ORIZA
Perfumes a todos los ramilletes de flores nuevas
Adaptados por la moda

ORIZA-VELOUTÉ
POLVO de FLOR de ARROZ
adherente á la piel.
Dando el Alisado del melocoton.



No mas tinturas progresivas para el pelo blanco

ORIZALINE
de James SMITHSON
Un solo Frasco
Para devolver enseguida al Cabello, á la Barba el color natural en TODOS LOS Matices

207 rue S^t HONORÉ, PARIS

CON ESTE LIQUIDO nohay necesidad de LAVAR la CABEZA antes ni despues

APLICACION FACIL
Resultado inmediato
no mancha la piel, ni perjudica la salud
En todas las Perfumerías y Peluquerías.

BEAUTÉ ET JEUNESSE
CRÈME-ORIZA
DE
NINON DE LENCLOS

L. LEGRAND, PARFUMEUR
Fournisseur de plusieurs cours
207, RUE S^t HONORÉ, PARIS

Esta CREMA suaviza y blanquea la PIEL y le da la TRANSPARENCIA y la FRESQUERA de la JUVENTUD
Hasta la edad mas adelantada PRESERVA IGUALMENTE el rostro del Bochorno, de las Manchas de Rojez y de las Arrugas.

Deposito principal : 27, calle San-Honoré, Paris

CANDIDO DE ALBERDI

FABRICANTE DE ARMAS

EIBAR (GUIPÚZCOA)

premiado con medalla de oro en la Exposición de Matanzas (Isla de Cuba) por sus escopetas de caza.

Se construyen toda clase y sistemas de escopetas, carabinas, pistolas y revólvers. Escopetas centrales de dos cañones, superiores, izquierdo *Choke-Bored*, de doble y triple cierre automático, llaves delanteras adherentes, con gatillos de resalto y del sistema que se indique, á precios convencionales. Se emplea acero en todas las piezas de ajuste y adherencia.

Pidanse catálogos y detalles.

ADMINISTRADOR

Un Administrador que ha sido de fincas rurales, con conocimientos teóricos y prácticos y con fincas de su propiedad con que responder, desea colocarse, bien como Administrador, bien como Inspector de fincas rurales. Dirigirse á la Administración de EL CAMPO.

SE ADMITEN EN CONCEPTO DE Comisión para su venta en Madrid armas y efectos propios para cazadores y pescadores, bien sean de procedencia nacional ó extranjera. Fianza personal ó en metálico.—Dirigirse por carta, en castellano ó francés, á D. Bernardino de la Fuente, calle de Hernán-Cortés, 9, principal.

LA PATE EPILATOIRE DUSSE

Privilegiada en 1836, destruye hasta las raíces el vello del rostro de las damas sin ningun peligro para el cutis, aun el mas delicado. 50 años de éxito, de altas recompensas en las Exposiciones, los títulos de abastecedor de varias familias reinantes y los miles testimonios, de los cuales varios emanan de altos personajes del cuerpo medical, garantizan la eficacia y la excelente calidad de esta preparacion. LE PILVORE destruye el vello loquillo de los brazos, volviendolos con su empleo, blancos, finos y puros como el marmol.

DUSSE, 1, RUE JEAN-JACQUES ROUSSEAU, PARIS

En Madrid: MELCHOR GARCÍA, depositario, y en las Perfumerías PASCUAL, FREDA, INGLESA, URQUIOLA, etc. — En Barcelona: VICENTE FERRER, depositario, y en las Perfumerías LAFONT, etc.